

nes haya
mpaña y
organis-
e las ini-
cho eso.
es hubié-
dea de la
o país, y
omientos
diera du-
un buen
discipli-
sto a los
evolucio-
Podría
Permi-
que quie-
no el en-

ni juicio,
concepto
—no por
or no te-

mpo, es-
or lo re-
ustria en
o; había
etencias.
articular-
a su Co-
ambiente
da. Pero
tria y se
ra lo que
co. Pero
atido ge-
fianzarse
un obs-
n, repito
se estor-

llega un
erra o la
s indivi-
tratan-
un estu-
erse las
oso. En
seis ho-
a ciento
s, que se
os pelu-
do cien-
de jor-
o cobro
en Ma-
pesar de
industrias
plan las
a de los
ha dado
o el pro-
d. Pero
el resto

icos, ha
se paga-
ómo se
s, o lla-
recursos
occurrido
s educa-



ORIENTACION SOCIALISTA



Organo de la Unión de Grupos Sindicales Socialistas de Madrid

Año I - Núms. 6-7

Sábado, día 28 de agosto de 1937

Precio: 20 cts.

RELACIONES CON LOS GRUPOS DE LA O. S. R.

Bastaría para dar contestado el tema en toda su amplitud, con que dijésemos solamente que estas relaciones, por múltiples causas de orden moral y material, han de ser cordiales, cordialísimas, como corresponde tener con un organismo que en su totalidad está constituido por compañeros de filiación marxista, y que, dentro de los Sindicatos donde tiene su campo de acción, no les guían otros propósitos que el alcanzar los mismos fines que nosotros. Pero dada la importancia actual del tema, me creo obligado, como socialista, a exponer con entera claridad mi criterio, con relación a este problema. De ahí que yo crea conveniente hacer una exposición sucinta de hechos, razonando a la vez el por qué creo que dichas relaciones deben tener un carácter amistoso, como digo.

Dentro de los Sindicatos, generalmente, vienen funcionando los Grupos Sindicales Socialistas y los de la O. S. R. La base fundamental, en lo que se refiere a la existencia de ambos organismos, al igual que la labor a desarrollar prácticamente, nos es completamente común a los dos, puesto que unos y otros nos orientamos en los principios marxistas y, en buena lógica, no puede haber diferencia de apreciación en cuanto se refiere a los principios. Prueba de ello es, que lo mismo los G. S. S. que los de la O. S. R., su principal preocupación es la de propagar entre todos los trabajadores los principios marxistas, orientar basándose para ello en los mismos principios a los Sindicatos, a la vez que se sirve de apoyo para aquellas iniciativas tomadas por éstos que tienden a acrecentar nuestra organización y se inspiren en un sentido marxista.

Pues bien: en breves palabras queda demostrado que entre marxistas no pueden existir diferencias en cuestión de principios. No así en cuanto se trata de la parte práctica, positiva, donde, a pesar de todo y del buen deseo de todos, surgen, injustificadamente desde luego, algunas diferencias que siempre su argumento tiene más de forma que de fondo. Pero como quiera que estas y otras muchas cosas más que diariamente se plantean en los Sindicatos y Partidos, proporcionan enseñanzas muy valiosas, que es preciso estudiarlas concretamente en cada caso, con relación a este que nos ocupa, permítaseme decir que, como consecuencia de estas mismas enseñanzas, tengo el convencimiento firmísimo de que estas diferencias son y serán inevitables en tanto no esté constituido de hecho el Partido Único del Proletariado (Partido Único Marxista), a través del cual a todos sus militantes de arriba abajo, sin excepción, se les dé una sola consigna, que equivale a decir una sola orientación, para que ésta sea cumplida y practicada por todos sin subterfugios de ninguna clase. Consigna u orientación que nunca deberá ser practicada como ahora (y no ciertamente por nosotros), que se atiende con preferencia a la postura política que en aquel momento convenga adoptar, que al interés supremo de mantener incólumes unas relaciones íntimas y sinceras que en los momentos históricos en que vivimos nos son indispensables mantener política y sindicalmente.

Pues es indudable que si no nos disponemos a mantener unas buenas relaciones por parte de todos, nos ha de resultar mucho más difícil resolver con éxito el sinnúmero de problemas que la clase trabajadora tiene planteados actualmente y que tiene que afrontar cueste lo que cueste.

El principal de todos sabemos que es GANAR LA GUERRA, porque

sin esto poco pueden interesarnos los demás problemas por importantes que éstos sean, y ya que parece que vamos estando convencidos todos de ello, aunemos todos nuestros esfuerzos para terminarla cuanto antes. Pero hay también otro problema que por su importancia se ha hecho aspiración inmediata de todo trabajador consciente. Me refiero al problema de la unificación. Y a propósito de esto, conviene que digamos que ni es lícito ni honrado olvidar en ningún momento que para llamarse acreedores a las dos aspiraciones expuestas, muy deseadas verbalmente por todos y... debemos empezar "a priori" por atemperar nuestras conductas a las exigencias que ellas mismas nos imponen.

Desviado un poco, involuntariamente, de lo que específicamente considero yo que es el nervio de este tema, procuraré ajustarme a él estrictamente en las pocas líneas que aun me quedan por escribir.

Decía yo antes que entre los G. S. S. y los de la O. S. R. existían algunas diferencias que convenía corregir, en cuanto a la forma de apreciar los problemas, y esto es evidente. No otra cosa motivó la constitución de los Comités de Enlace que hasta ahora han venido funcionando, y que por cierto de su labor no creo sea necesario hablar aquí, por ser demasiado conocida por todos. De ahí que la Agrupación Socialista Madrileña, con muy buen criterio haya acordado la disolución de todos estos Comités para que queden radicadas todas las relaciones políticas y sindicales en el Comité Central, que se ha ampliado. De este acuerdo se desprende que el Comité de la Agrupación entiende, y con ello estamos de completo acuerdo, que para sacar un mayor rendimiento a esta labor de enlace, se hacía preciso, como condición previa, la disolución de lo que lejos de facilitar la labor del Comité Central, la suya propia sería siempre negativa por grandes que fuesen los esfuerzos en querer hacer ver lo contrario. Conviene que a propósito de esto aclaremos bien que las relaciones entre ambos grupos, G. S. S. y O. S. R., han de seguir siendo las mismas, o mejores si esto cabe, en aquellos problemas específicamente de orden interno de la organización, lo mismo que para secundar llevando a la práctica rápidamente cuantas iniciativas y acuerdos salgan del Comité Central.

Otro de los puntos que no podía pasar por alto tratándose de este tema, es el criterio del Comité Nacional de nuestro Partido, por el que sintiéndose intérprete del sentir general de todos los trabajadores marxistas y, por tanto, del suyo propio, acuerda que durante un lapso de tiempo, el más reducido posible, se actúe de común acuerdo entre los afiliados a los dos Partidos marxistas, considerando prácticamente hecha la unificación de ambos Partidos. Acuerdo de muchísima importancia para quienes de verdad quieran la unificación. Pero permítaseme agregar como colofón al mismo, que, lo mismo ahora que después de que sea una realidad lo que todos ansiamos, se proceda siempre sobre la base de una lealtad recíproca en las conductas, y que hasta hoy, aun sintiéndolo mucho, tenemos que declarar que ni política ni sindicalmente hemos sido correspondidos por los camaradas comunistas militantes de la O. S. R.

Aunque este acuerdo de nuestro Partido no tenga una relación directa con los grupos de la O. S. R., he creído conveniente reflejarle aquí, por creer indudable que si no directa, indirectamente sí que está afectado por el mismo, ya que estos Grupos están dirigidos y orientados por

EXPLICACIÓN OBLIGADA

Causas contrarias a nuestra voluntad han impedido la publicación de nuestro número de la pasada semana. Para compensar esta falta damos hoy un mayor número de páginas. Es necesario, absolutamente necesario que todos los Grupos se preocupen de la obligación en que se encuentran de procurar la difusión de todas nuestras publicaciones; quienes así no lo hacen, de persistir en su actitud, será cosa de que en un próximo Pleno se trate de sus inactividades contrarias a los intereses de Partido en estos momentos como en todos. Terminó hace tiempo la categoría de afiliado cotizante que espera que los demás, con sus esfuerzos y trabajos, consigan "para todos" una situación mejor. Y son estos militantes de carnet los que más suelen pluralizar cuando hablan: "Pues nosotros hicimos..." "Nosotros realizamos..." "¡Cuánto trabajamos por nuestro Partido!" Y todo su esfuerzo se limitó a pagar su cupón y pegarle al carnet, y esto no siempre al corriente. Hay que acabar con todo eso. En la U. G. S. S. no queremos afiliados de esa clase, los regalamos a quien los quiera; nosotros queremos camaradas capaces de todos los trabajos y de todos los sacrificios, incluido el económico. Que cuando hagamos llamada se conteste "¡presente!" por todos nuestros militantes; quien no se sienta capaz de cumplir esta obligación, puede dejar su puesto a otro. Siempre hemos dicho que no nos interesa tanto el número como la calidad de los afiliados y lo seguimos afirmando. Dispuestos estamos a cumplir a rajatabla este principio; y si hay alguien que carece de "calidad", reduciremos el número de nuestras filas.

Esperamos los efectos de esta "explicación obligada"; si no hubiera la reacción satisfactoria que esperamos, ¡ah!, entonces hablaremos más claro en un Pleno y que cada cual peche con la responsabilidad de su actitud.

el Partido Comunista, toda vez que la inmensa mayoría de sus componentes son afiliados del mismo.

Dicho acuerdo viene a corroborar la necesidad de mantener una estrecha y leal colaboración con los compañeros marxistas, que en este caso concreto, y refiriéndome al tema, diremos con los compañeros de la O. S. R.

Esto es cuanto tengo que decir con relación al tema propuesto, repitiendo una vez más, que por todos conceptos es conveniente mantener una estrecha y leal colaboración a base de las condiciones expuestas, en beneficio de todo y por todos, respondiendo este pensamiento a un deber moral como socialista, al mismo tiempo que damos cumplimiento a los acuerdos de nuestros organismos superiores, que estamos en el deber de acatar.

ANTONIO HERNANDEZ,

(De la Sección de Propaganda, núm. 137.)

COMENTARIO A UN DISCURSO DE RAMÓN LAMONEDA

No es el autor de este trabajo quien pueda, de una manera justa, definir el valor de un discurso del secretario de nuestro Partido; ni tiene, tampoco, título alguno que le abone, ni pertenece al seleccionado campo de los críticos. Pero a esto añade que, irremediamente, siente un afecto espiritual de identificación plena y rotunda con el compañero cuyos servicios se estiman en el cargo que desempeña, honrándose y honrando al Partido, no siendo óbice para que quien esto escribe recate y refrene una expresión apasionada que tanto más perjudicial resultaría cuanto que, sin ánimo de halagar a quien no acepta el halago por ser socialista, no reflejaría la verdad.

El camarada Ramón Lamóneda pronunció un discurso el día 1 de agosto en el acto organizado por la Agrupación Socialista Madrileña. Atacó diversos aspectos de la vida política de España, y en todos sus detalles, espiritualmente ampliados hasta el límite del fervor idealista, puso el orador el dedo en la llaga, según se dice. Porque los problemas lo son porque lo son, y no a tono del color del cristal con que se miren; y es inútil y obtuso cantar al son de la tonadilla del día sin estudiar la música y la letra.

Pasemos por alto la glosa de los acuerdos del Comité Nacional y actuación de la Comisión Ejecutiva, hecha perfectamente por el compañero secretario. Vayamos al problema de la unidad. Es indudable que la unidad con el Partido Comunista se hará cuando, desde arriba, se hayan dado las órdenes, consecuentes con la armonía de abajo; cuando socialistas y comunistas demuestren que saben convivir juntos alimentando las mismas aspiraciones clasistas y teóricas; cuando se hayan eliminado los resquemores personales, y dejen de ofrecerse prebendas y privilegios a cambio de un ingreso, de un afiliado más. Tanto quiere decir esto cuanto que, sin el sacrificio espontáneo de sus afiliados, no puede haber Partido grande ni digno. Aunque estuviésemos en la víspera de la unidad—dice Lamóneda—no se puede hacer fusión de especie alguna por una parte del cuerpo del Partido con otra corporal del otro. Y no hay forma de enturbiar el pensamiento—quienquiera que lo quiera aunque lo quiera mucho—hasta el punto de dejar de advertir que uno de los pocos hombres que—de verdad, y sin alardes, con el corazón a la altura de la inteligencia—comprenden, sienten y saben conducirnos a la unidad de los dos Partidos marxistas de España es Ramón Lamóneda.

Aun con ser tan interesante el problema—así viene calificándose—de la unificación o de la fusión, hay un punto de fundamental importancia en el discurso del secretario de nuestro Partido, sobre el que no se repara con la debida atención. Queremos que este comentario gire en torno del tema que cuestionamos, y, bordeándolo, tocando sus perfiles, podamos adentrarnos en él con conocimiento de causa y de forma. Es, concretamente, nuestra propaganda, la propaganda del Partido.

La propaganda a desarrollar en estos momentos trágicos de España por el Partido Socialista Obrero es necesaria, pero por tener una transcendencia tan enorme, ha de realizarse con una delicadeza y una finura tal que si de un cristal rompedizo se tratara. Tradiciones de honradez, de sacrificio, de estudio, como nuestro Partido tiene a través de los años de su existencia en calidad de elemento primordial crisolador de las aspiraciones populares, no serán olvidadas en ningún instante por quien tome a cargo de su palabra o de su pluma la expresión de tácticas, procedimientos y concreciones de sentir marxista respecto a la resolución de las cuestiones políticas y sindicales en el país y en nuestras relaciones más allá de los límites patrios. Con cuidado también, sin restar tampoco un parecer propio y noble, en provecho de nuestra doctrina y del resurgimiento práctico de la misma a la cabeza del mundo, vamos a definir cuál, a nuestro criterio, es la mejor manera de propagar la idea socialista.

Nuestro órgano *El Socialista*, fiel impresor de nuestras teorías, escrito con tinta y confirmado en la realidad con sangre, merece el homenaje de todos. Nunca se ha hecho propaganda alguna socialista más tonificada y fortalecedora que aquella que diariamente aparece en el periódico matutino. Imitemos esta conducta tan sencilla como eficaz, dando categoría y peso moral a cuanto en nombre del Partido Socialista se diga, no solamente para la opinión, sino para nuestra vida íntima y particular. No puede haber un socialista que haga otra labor de propaganda que la que revele un carácter serio, sobrio y honrado. Sin alharacas, sin estridencias, diciendo esto somos y demostrándolo. Y no es tan difícil decirlo y demostrarlo cuando en el haber del Partido figuran cantidades de un valor moral tan enorme como octubre, y unas actuaciones revolucionarias que nacen desde el momento en que vivifica a la clase proletaria española el maestro Pablo Iglesias.

En el transcurso de los años vino creándose en este país del clasicismo acomodado—no otra cosa es todo el teatro de los clásicos que, con una solución sentimental y efectista, daban por terminados los problemas sociales sangrantes de la época, con el aditamento de los literatos cursis de la novela que mal se llamó popular, y la alegría inconsciente del propio pueblo, que tardó mucho tiempo en darse cuenta de sus heridas y de las heridas hechas en las carnes de sus hijos—; vino creándose, decimos, una conciencia de clase, y los latigazos del capitalismo llegaron a sentirse sobre la espalda del trabajador. Entonces, el Partido Socialista creado por Pablo Iglesias dice a los trabajadores que, agrupándose en estrecho contacto, puede procurarse una fuerza que ha de culminar en la conquista del Poder político para la clase que produce y que, por consiguiente, es la que tiene derecho a dirigirse a sí misma. Hoy el pueblo español está lo suficientemente educado, gracias al Abuelo, y, gracias a él, una propaganda socialista bien dirigida prestigiará aún más al Partido que en primer lugar abrió los ojos de la España sufriendo y trabajadora.

Debemos llevar a cabo una propaganda en base a la exaltación del pueblo como soberano propulsor de sus destinos, ilustrándole acerca de las resoluciones de tipo marxista que construirían un país feliz, formando, en concierto con las democracias y, especialmente, con Rusia y Méjico, un nuevo faro ideológico del mundo. Forjemos en el pueblo un afán de superación y de sacrificio individual para hacer fructífera la labor colectiva. Prediquemos fraternidad; obediencia al Gobierno, fiel representación del Frente Popular; limpieza absoluta de la retaguardia, y volvamos a decir, con Lamóneda, que las acciones honradas se cotizarán muy altas. Resaltemos, como deber al que no escapa ni el último llegado a las filas socialistas ni el primero de los militantes, que hay un órgano democrático ejecutivo al que, mientras dure su mandato, es preciso obedecer sin discusión, e incluso defenderle e identificarse solidariamente con él. Y, sobre todo, para engrandecer más al Partido que creyó siempre que su misión era movilizar y engranar sus hombres anónimamente para ganar la guerra, digamos hasta cansarnos y cansar—nunca será lo bastante—que, sin ganar la guerra, ni se gana la revolución ni podrá implantarse el marxismo, y hagamos axiomática esta concepción para que no se olvide ni se trastrueque.

Todo por el Partido. Todos fundidos en él, en un bloque de granito, sintamos enfebrecidos el alma popular encarnada en su amor, porque en este amor ofrendamos a España y al proletariado de todo el mundo un camino de felicidad.

JUAN M. BARBA MORA.

(Del Grupo Sindical Socialista de Seguros.)

ACTIVIDADES DE NUESTROS GRUPOS

La Asamblea extraordinaria del Grupo Sindical Socialista de Agentes del Comercio y de la Industria, celebrada el día 15 del actual, constituyó una nota de acierto por su desarrollo dentro de las teorías marxistas.

Entre los asuntos que se trataron, todos de verdadera importancia, descuellan el deseo tan marcado de todos los socialistas inscribiéndose en la Sección de Propaganda de la U. G. S. S.

El deseo de todos los compañeros de ayudar a los gastos de nuestro periódico, hoy ya convertido en semanario, es también digno de toda alabanza.

Ni que decir tiene que por este camino emprendido llegaremos muy en breve a la consecución de nuestros máximos deseos.

En el ambiente de la Asamblea no dejaba de flotar la buena armonía y predisposición de sus componentes para la unificación tan deseada de todos.

Sección de Propaganda de la Unión de Grupos Sindicales Socialistas

Los que tuvimos el honor y la suerte de acudir a la inauguración, el día 8, recibimos unos alientos y un optimismo que seguramente ha de dar resultados prácticos, y ateniéndome a las instrucciones y sin que obre en mi ánimo la modestia y mi falta de condiciones para escribir, y sí la ilusión de un viejo joven, remito estas cuartillas para se aprovechen si hay algo útil o se me corrija lo falso.

Tenemos ya con esta Sección el laboratorio, la escuela y el taller donde analizar, aprender y trabajar; vamos, pues, a hacerlo, y para ello procuremos auxiliarnos de cuantos elementos podamos para que esos análisis, esas enseñanzas y el total trabajo que nos proponemos realizar, sea lo más perfecto posible y acredite una vez más la actuación, en todos los terrenos, de los Grupos Sindicales.

Los problemas que hoy se van presentando tanto en el terreno político como en el sindical, deben ser vistos clara y concretamente para poder decir: "problema visto, problema resuelto"; para realizar este gran trabajo precisamos, a juicio mío, explicarnos el porqué se producen tales o cuáles fenómenos, es necesario estar en condiciones de evitar "que los árboles nos impidan ver el bosque", y esto sólo puede conseguirse adiestrándonos en el materialismo y en la economía. Sin conocer y comprender bien estas dos ramas, nuestro trabajo podrá estar adornado de florida literatura, de aparentes programas a realizar, pero para llevarlo a la práctica precisamos imprescindiblemente ser marxistas, y para serlo necesitamos ser materialistas y economistas. Fijémonos en la biografía de nuestro gran maestro Carlos Marx: hijo de familia rica, intelectual, discípulo del famoso filósofo Hegel, definidor de la dialéctica, Carlos Marx no se pone en condiciones de analizar la sociedad en cualquier época hasta que no define por su parte y en contraposición de la dialéctica idealista de Hegel, la dialéctica materialista. Carlos Marx no puede ser marxista (valga este concepto) hasta que no estudia economía, trabajo al que dedicó su mayor atención y que le permitió escribir y legarnos su gran obra: *EL CAPITAL*.

Hemos convenido que nuestros escritos, nuestras charlas, nuestras intervenciones tengan por base la sinceridad, la expresión según cada uno podamos, y esto me hace tener el atrevimiento de decir lo que pienso sin temor a críticas y bien convencido de dar motivo para polémicas o controversias que harán fructífera nuestra labor; así, pues, voy a decir lo que yo interpreto por *dialéctica materialista*.

Dialéctica materialista.—Es la potente arma con que nuestros grandes maestros Carlos Marx y Federico Engels dotaron al materialismo, haciéndole científico para diferenciarlo del antiguo y vulgar materialismo metafísico, que sólo veía y estudiaba las cosas aisladas, sin tener en cuenta para nada el nacer y perecer, su concatenación. El materialismo científico moderno nos demuestra cómo nuestros pensamientos, conceptos, ideas, todo es material, como producto de órganos más sensibles de nuestro cerebro. Por la dialéctica nos damos cuenta del desdoblamiento de lo uno y el conocimiento de sus componentes contradictorios; vemos que el elemento primordial, la fuerza motriz de la evolución, es la materia, y de ésta, la producción, o sea las

condiciones materiales de existencia o forma de vivir que transforma las ideas y sentimientos; por la dialéctica nos explicaremos fácilmente las ideas sociológicas fundamentales de Carlos Marx, el antagonismo irreductible de los partidarios del orden antiguo y del orden por venir o sociedad naciente; comprenderemos cómo no consisten estas luchas y estos cambios en grupos de hombres que se inclinan a tal o cual punto de vista, que se contradicen en absoluto y terminan, por lo tanto, chocando; podremos ver con claridad el elemento revolucionario y el evolutivo, y, como consecuencia, los choques y contradicciones de las masas o grupos de hombres, y si nos fijamos en el momento, entre nosotros mismos, las grandes polémicas, las luchas de nuestros antepasados y presentes socialistas, comunistas y anarquistas, que no son sino luchas entre las interpretaciones falsas y verdaderas del marxismo. ¿Por qué se ha dicho que Carlos Marx estuvo más de cuarenta años sin ser comprendido? A mi

juicio, por no estar adiestrados en la dialéctica materialista que, profundizando en la cuestión económica, o sea la forma de producir, la forma de transportarlo, el modo de consumirlo, la distribución, por lo tanto, nos permite científicamente coordinarlo y en el momento presente hacer un Ejército potente, culto, de millones de hombres que sepamos luchar en todos los terrenos, tanto produciendo como guerreando, y esto, estimados camaradas, es *factible* y, si disculpáis mi soberbia, *hasta fácil*; necesario y urgente, no digamos.

A trabajar activamente, a luchar pensando dialécticamente, despreciando las cuestiones personales, convencernos de que no son las personas, las ideas, las cosas abstractas las fuerzas motrices, sino, como decimos antes, la forma de vivir la que nos marca la manera de conducirnos y de legislarnos.

ANGEL CASAJÚS GONZÁLEZ.

(Del G. S. S. de Agentes del Comercio y de la Industria.)

Escuelas de Preparación profesional

La importancia que las Escuelas de Preparación profesional tienen, no es cosa que vayamos a descubrir ahora, porque es bien conocida de los trabajadores en general y especialmente de los socialistas.

Hasta el momento presente estas Escuelas —que han rendido un óptimo fruto— han sido creadas por las organizaciones proletarias. Las que el Estado sostiene no sirvieron, en la mayor parte de los casos, más que para incrustar en el presupuesto nacional a los incondicionales de algún cacique de la situación.

En este problema de enseñanza técnica, los trabajadores, y especialmente los socialistas, han dado un mentís a las clases directoras, fundando Escuelas que han sostenido por sus propios medios y en las cuales maestros (verdaderos maestros hechos en el taller o en la fábrica) enseñaban todo aquello que a fuerza de muchos sacrificios habían aprendido. De estas Escuelas no sólo han salido excelentes operarios, sino que también hombres conscientes, con responsabilidad ciudadana. A este respecto se nos permitirá recordar aquí una realidad vivida en una Escuela técnica, modelo de enseñanza profesional con contenido político-social. Nos referimos a la Escuela de Aprendices Tipógrafos que sostiene el Arte de Imprimir y que fué obra de aquel espíritu creador que se llamó Antonio García Quejido. En esta Escuela hemos aprendido la belleza de nuestro oficio de tipógrafo; pero también las injusticias del régimen político que padecíamos, el cual hacía que la mayoría de los patronos explotaran sin escrúpulos a los trabajadores. Cuando, al terminar nuestra jornada cotidiana en el taller, íbamos a la Escuela, tratábamos con el maestro no sólo el tema técnico que correspondiera, sino el suceso político o social que tuviera palpitante actualidad. De esta manera, repetimos, se formaban dos conciencias: la profesional y la político-social. Pero todo esto ha sido hasta el 18 de julio del 36. A partir de esta fecha se ha trastocado todo lo que existía en España por haber estallado esta guerra de invasión, después de la cual se edificará una nueva

sociedad. Entre las cosas que hay que perfeccionar está la enseñanza profesional, la cual debe pasar a manos del Estado, para que éste cree unas Escuelas que, al estilo de la de Aprendices Tipógrafos y algunas más, forjen las nuevas generaciones de trabajadores que harán su aprendizaje en dichos centros y que cuando vayan al taller o a la fábrica serán ya unos buenos obreros, porque conocerán su oficio, y unos hombres conscientes, porque habrán aprendido el contenido político y social que entraña todo trabajo.

Esta necesidad, reconocida por muchos, de inculcar el sentido político-social a la enseñanza profesional tiene su explicación. Si un obrero no es más que eso, un obrero que produce trabajos, nadie nos negará que este hombre se parece mucho a una máquina perfeccionada. Es decir, que no hace más que producir. Pero si este mismo obrero comprende que con el trabajo que ejecuta cumple la misión de proporcionar deleite, comodidad o enseñanza al que ha de contemplar o usar lo que él realizó, este hombre será no sólo un hábil operario que produce bellas obras, sino que, sabiendo para qué se destinan éstas, pondrá un mayor cuidado al desarrollarlas.

En estas Escuelas técnicas que el Estado creará, con el contenido que en este modesto trabajo se esboza, se harán hombres que no vayan al taller o la fábrica con la desgana que hasta ahora. Sino que habiendo aprendido cuál es su misión asistirán satisfechos a desarrollar una labor que va en beneficio de toda la sociedad.

G. VIVAS.

(De la Sección de Propaganda.)

Rogamos a todas las publicaciones políticas y obreras nos remitan dos ejemplares de intercambio con ORIENTACION SOCIALISTA.

Los Comités de Grupo procurarán remitirnos dos ejemplares de los "Boletines" o publicaciones que editen ellos mismos o los Sindicatos a que pertenezcan.

Unión General de Trabajadores y Pablo Iglesias

Los trabajadores en la sociedad capitalista, y por el género de vida a que por esta sociedad se les condenaba, se sentían rebeldes. Rebeldía que estaba justificada hasta por instinto de conservación, ya que no podían con sus salarios atender a sus más perentorias necesidades.

Su situación moral. Para la clase trabajadora no había dignidad; el trabajador no tenía preceptos legales ni conocimientos suficientes para fundamentar la petición de alguna mejora al patrono.

Intimamente sufría, veía su inferioridad. Por intuición, por comparación reconocía su diferencia de trato en sus relaciones en la sociedad; y por contraste apreciaba que incluso eran menos estimados que otros seres de condición inferior, pero que tenían la suerte de ser la distracción y el capricho de los mantenedores de esa sociedad tan injusta.

El trabajador tiene una potencia para hacerse oír: el ser indispensable en el rendimiento útil de su trabajo y el ser la inmensa mayoría en la sociedad. ¿Esto es lo bastante? No. Es preciso que esa potencia sea aunada y sea dirigida. Una tarea de los trabajadores era ésa: unirse.

En la sociedad burguesa española, el trabajador no era una excepción, sufría las taras del capitalismo; para sacarle del letargo que por fatalismo creían sufrir, era necesario, preciso que surgiera un hombre que sacudiera en sus cerebros, en sus sentimientos y que les pusiera de relieve su valer y el camino a seguir para conquistar unos derechos de los cuales carecían, siendo merecedores.

Este hombre surgió: Pablo Iglesias, un trabajador conocedor de las miserias y de las injusticias que padecía su clase, culto, moral, bondadoso; que en el marxismo había adquirido sus conocimientos y encontrado en él la savia de sus principios y remedio a los males que padecían sus hermanos de clase. Se trazó un camino en su vida: luchar por el mejoramiento de los trabajadores, hasta ver construirse la sociedad sobre principios marxistas.

Agrupó a los trabajadores en la U. G. T., luchó por su engrandecimiento en la calle, en la tribuna y en el periodismo. Fué el líder de

los obreros y como tal era querido por todos; por todos menos por los que en él vieron el mayor enemigo de sus privilegios, ya que sus doctrinas y enseñanzas iban destruyendo la base de su poder.

De este símbolo que es Pablo Iglesias queda su obra, con una trayectoria firme y clara —U. G. T. y Partido Socialista—. La revolución española si quiere ser sólida y duradera tendrá que tener el espíritu suyo, su moral, su austeridad.

La guerra la ganaremos, pero la victoria nuestra corresponde la mayor parte a la educación recibida del Maestro; eso lo sabe el proletariado y la Historia.

Maldito aquel militante de la U. G. T. que no tenga presente en sus actos a Pablo Iglesias. Madrid, 21 de julio de 1937.

JESÚS NAVARRO.

(De la Sección de Propaganda.)

Misión de las Fracciones Socialistas (1)

Al constituirse las Fracciones Socialistas en los lugares de trabajo no se persigue ningún fin de tipo proselitista ni ninguna ostentación numérica entre la clase trabajadora. La misión primordial de las Fracciones Socialistas consiste en atraerse el mayor número posible de trabajadores; pero no para formar una Fracción numerosa, sino para trabajar en la solución de los problemas que puedan surgir dentro de los lugares de trabajo, solución que será tanto más acertada cuanto mayor sea la preparación técnica de los componentes de la Fracción. Para que esta preparación llegue a todos los miembros socialistas y simpatizantes es necesario que las Fracciones se reúnan periódicamente para capacitación de sus miembros.

(1) N. DE LA R.—No quiere decir el título que se trate de instrucciones a las Fracciones Socialistas, sino un tema encargado por la Sección de Propaganda.

bro, y con carácter extraordinario cuando los problemas del trabajo lo requieran. Bien entendido que para que estas reuniones den el fruto que necesitan es preciso que se les conceda a todos los asistentes el derecho a intervenir en las discusiones—sean o no afiliados—y de esta forma se conseguirá un mejoramiento notable en la preparación técnica y política de los trabajadores socialistas, preparación que nos es de importancia vital para el desarrollo de la futura estructuración económica de la industria.

Una Fracción bien organizada debe procurar intervenir en la dirección de la industria hasta conseguir su control absoluto y, una vez esto conseguido, procurará mejorar e intensificar la producción para superar por todos los medios a su alcance en cantidad y calidad la conseguida bajo la dirección anterior.

Todos los jóvenes socialistas deben procurarse una capacitación superior a todos sus compañeros con objeto de no fracasar en su gestión cuando ocupen cargos de responsabilidad.

Las Fracciones Socialistas han de ser la vanguardia de la nueva economía; a este respecto conviene recordar la consigna de nuestro Partido de que nadie ha de proveerse de nuestro carnet para servirse de él, sino para servir él mismo al Partido. Los compañeros que formen las Fracciones han de ser los idealistas puros y aquellos que, aun no siendo idealistas, tengan un concepto justo y avanzado de los problemas sociales. Para estos últimos la labor de los Comités de Fracción es más definida, puesto que se limita a divulgar entre ellos los postulados marxistas. Esta divulgación se llevará a cabo por los más preparados por medio de charlas, no debiendo faltar en ninguna de ellas la lectura de algunos párrafos de las obras más destacadas de los precursores, fundadores y orientadores del socialismo.

No debe olvidarse que una Fracción disciplinada debe estar en contacto permanente con el Comité de su respectivo Grupo a fin de recibir continuamente las instrucciones que en todos los casos les serán precisas para su mejor desenvolvimiento y desarrollo.

F. GUINDO.

(De la Sección de Propaganda.)

«Nosotros queremos una fusión que tenga sus raíces en la base»

"Hay que ir a los Comités de Enlace; hay que ir a ellos, porque ellos son, en una jerarquía de ideas y procedimientos socialistas, superiores a los contactos espontáneos incontrolados de otros tiempos, cuando había organizaciones que creían que la fusión de los partidos marxistas era algo que se iba a hacer a cachos, y que ellas podían administrar el sector, el Circulo, la Agrupación o el Sindicato que les correspondía. Cuidado con la vuelta a este procedimiento, que no lleva a la fusión, sino a la confusión. Yo lo digo aquí en nombre de la Comisión Ejecutiva, más que para vosotros, madrileños, que tenéis ya una formación socialista hecha, para organizaciones recién creadas, para organizaciones bisoñas. Por mucho que sea el entusiasmo que pueda sentir nuestra Comisión Ejecutiva, si salvase todas las dificultades que hay que salvar para hacer la unidad, aunque estuviésemos en la víspera de la unidad, condenaríamos el que ningún grupo, ninguna Agrupación, ninguna entidad nuestra se adelantase a hacer la fusión mientras ésta no se hubiese hecho desde arriba.

Nosotros queremos para la fusión todas las garantías, precisamente porque queremos la fusión. Si no la quisiéramos, iríamos a ella ale-

gremente, sin esas garantías, con el fin de destrozarla. Porque queremos que nuestro Partido y el Comunista procedan según las normas clásicas de nuestra táctica y de nuestra manera de entender la actuación, nosotros queremos una fusión que tenga sus raíces en la base, pero que se haga de arriba abajo, porque es arriba donde los partidos tienen su cabeza y sus órganos rectores."

(Del discurso pronunciado por el secretario general del Partido Socialista, Ramón Lamonedá, en el mitin de Madrid.)

N. DE LA R.—Los Comités de Enlace a que se refiere Lamonedá son los que deben formar las Secciones del Partido (Agrupaciones locales) y no los Grupos Sindicales u otros organismos del Partido, por cuanto con su asentimiento, y el del camarada Peña, se disolvieron por mandato del Comité de la Agrupación Socialista los Comités de Enlace existentes en dichos Grupos; sin duda alude Lamonedá a la situación a que habían llegado los Comités de Enlace entre los Grupos, y no por culpa nuestra, cuando dice: "Cuidado con la vuelta a este procedimiento, que no lleva a la fusión, sino a la confusión".

Por nuestra parte decimos que somos partidarios de la unidad, de la fusión, pero por acuerdo del Congreso del Partido. En tanto, bien está mantener relaciones que posibiliten esa unificación llegado el momento.

INAUGURACIÓN DE LA SECCIÓN DE PROPAGANDA

(Conclusión)

Es la consecuencia de una educación del individuo; pero estos compañeros no tienen más remedio que reaccionar, mas no se les puede pedir una reacción como quisiéramos, porque el individuo, como ya he dicho, no se transforma en veinticuatro horas; necesita mucho tiempo para prepararse, y para deshacer los errores necesita todavía más tiempo. Esto lo estamos padeciendo, pero no basta con señalarlo, ni con perder la paciencia; es cuestión de perseverar; es cuestión de que las demás ideas, como le sucede a la marxista, estudien el problema como es, y haciéndolo así conseguiremos los fines que nos hemos propuesto. Hay que educar al resto de los compañeros para que reconozcan que no es el camino a seguir.

Se habla mucho de que en el Frente Popular, desde luego, están republicanos y las otras tendencias; a mi juicio, eso no ha de preocuparnos a nosotros, porque el contingente mayor es proletario; pero hay más: es que ningún republicano, si sentamos el principio de que la libertad del hombre es posterior a la transformación económica, yo creo que ningún republicano no tiene nada que hacer si no es en un sentido democrático. Y si esto lo admitimos como principio, estos compañeros no podrán estar en contra de nuestros principios marxistas, de la transformación económica.

Lo que no se puede hacer ni admitir es que elementos que se llaman marxistas por haber contribuido a la revolución y por haber sido más o menos tiempo marxistas, digan: "Yo he sido revolucionario toda la vida; yo he ido a los frentes de lucha y mi establecimiento, mis pesetas, tienen que ser sagradas." Y yo digo: ¿Qué clase de revolucionario eres tú que antepones a todo tus intereses particulares? Porque si bien es verdad que los industriales hemos pertenecido a Agrupaciones Socialistas y a los partidos marxistas, no es menos cierto que cuando llegaron los momentos de la revolución, esos compañeros lo que tenían que hacer es poner los intereses al servicio de la idea, porque si pones la vida, ¿qué te interesan las cosas materiales? Pero es que ahí hubo aquello de que para el individuo lo importante es ser cabeza de ratón; es decir, figurar en la cabeza. Y cuando le ponen a la altura de los demás, ese individuo se rebela. Y yo digo: Yo he vivido un ensayo; los peluqueros han hecho un ensayo con altura de miras. Era la industria más pobre; se había pedido por la propia Patronal que les rebajaran la contribución porque no podían pagarla; las bases de trabajo no las cumplía el 95 por 100; se pidió también, por la propia Patronal, que se hiciera una investigación, y dió ésta por resultado que en uno de los mejores casos, en donde trabajaban un compañero y su hijo, sacaban, cumpliendo las bases, libres para los dos, cuarenta y ocho pesetas semanales. Conservamos todos las peticiones del Jurado Mixto. Llegó el movimiento, y los socialistas fuimos a cumplir con nuestro deber. Pero yo me entero que la organización de la C. N. T. querían aprovechar aquello para incautarse de todas las peluquerías. Yo di cuenta a la organización de la U. G. T. Allí me reclamaron, empezamos a actuar y yo dije que no podía ser, que había que ir todos en consonancia. Nos reunimos, nos incautamos de la Patronal—yo siempre

he sido patrono—, y allí conocimos lo pequeños que son los hombres cuando tienen algo que dicen suyo y se olvidan de que lo que tienen que hacer es cumplir como ciudadanos. Estos mismos individuos son los que hoy en las colectividades tratan de hacer la vida imposible. Y por eso he dicho que si se hubiera estudiado bien lo que había que hacer con las grandes industrias, se hubiese prestado un gran servicio a la guerra y a la revolución. Lo que yo pretendo es que nos orientemos y veamos si es el momento de hacerse o no. Nosotros hicimos un ensayo, nos incautamos de la Patronal y cogimos el capital de la misma, y ahí está en el Banco, a nombre de la Unión Colectiva de Peluqueros; nos interesaba que no se perdieran las pesetas, y nuestra moral tenía que estar por encima de todo. Me interesaba mucho contrarrestar la acción de unos compañeros que son consecuencia de una educación deficiente. Al hacernos cargo de ello, yo he de decir que, con habilidad, procuré que se dieran unos cuantos sustos a los individuos que más trabas podían poner, y después fui a decirles que puesto que las organizaciones querían incautarse, ellos debían hacer un escrito, firmándole todos, donde dijeran que ponían la industria a disposición de la C. N. T. y de la U. G. T., para hacer una reforma social. Y la industria nos la dieron.

¿Qué sentido nos ha guiado a la Comisión? Lo primero que acordamos en el mes de agosto fué pagar la contribución, pero como no teníamos dinero, obligamos a los patronos un poco. Al segundo trimestre ya teníamos dinero y la pagamos nosotros.

Para que podáis apreciar nuestra labor, os voy a citar lo siguiente: he dicho que el 95 por 100 de los compañeros no aplicaban las bases de trabajo, aunque dijeran que las cumplían. Nos encontramos con el problema siguiente: una industria que estaba en ruinas, que no podía pagar la contribución ni la casa ni cumplir las bases, se veía en la necesidad de tener que cumplir éstas, y si así lo hacía, al día siguiente se hubiera hundido la misma si entonces no se hubiese manifestado el sacrificio de todos. Si hay que ganar seis duros, los ganaremos todos.

Otro de los grandes errores de las incautaciones es ponerse unos sueldos grandes. Si vamos a hacer una economía para nosotros, tenemos que vivir de lo que la economía permita, no del capricho, y se impuso el sueldo de nueve duros porque no se podían dar unas bases que, en realidad, eran la ruina. Pero dijimos: esto es un sueldo inicial; si hay después dividendos a repartir, se repartirán. En otros sitios se pusieron setenta y cinco pesetas; nadie se acordaba ya de que no tenían patrono: lo que les interesaba era tener muchas pesetas. Es lamentable, pero es así. Nosotros, como he dicho, pusimos a los compañeros en el trance de aceptar las cuarenta y cinco pesetas; era en momentos en que podía hacerse acatar esta determinación. Hoy, no. No teníamos dinero, y con vales del Estado trajimos máquinas de escribir, de contabilidad, montamos una oficina y todo ello estamos dispuestos a pagárselo al Gobierno, si el Gobierno quiere, porque el Estado es nuestro, es nuestra propia casa y es lo que no hay que olvidar. En este plan, vemos que los compañeros conscientes, razona-

ron, se sintieron libres y empezaron a trabajar con toda intensidad. Como los precios que había eran pequeños, se puso una tarifa justa: no es exagerado que se cobre una peseta por un servicio que se tarda en realizarle, veinte, veinticinco o treinta minutos. Y con esta transformación hemos llegado a pagar los alquileres de todas las casas desde el momento de la incautación. Nosotros tenemos cerca de doscientos jubilados. A todos los patronos les dijimos: "Tú pasas a ser compañero y aquí tienes para que vivas si es que no puedes trabajar." A las viudas que tenían establecimiento les damos ocho pesetas; a las que tienen menos de cincuenta años las hacemos trabajar cuatro horas y las damos una peseta más. Nosotros tenemos un seguro por enfermedad. Hemos ido aumentando aquel sueldo de cuarenta y cinco pesetas a medida que la industria lo permite; o sea, que tenemos un reparto mensual después de todos los gastos de la industria. Tenemos establecidas las bases de aprendiz, ayudante y oficial. Hay maneras de ayudar al que tiene más familia por medio de cantinas, etc., etc.

Yo quiero terminar de la siguiente manera: tenemos la guerra y necesidad de ayudar a la guerra. ¿Qué hacemos con las industrias incautadas? Si nos adaptamos, no a un sentido particular y egoísta, si estudiamos y tenemos un procedimiento que no sea particular, sino que sea estudiado en una industria para bien de todos, centralizando la vida de todos, llegaremos a hacer algo práctico. Pero si, por el contrario, adoptamos la misma postura que en Cataluña, de pedir dinero a la Generalidad para poder pagar a los obreros, repito, una vez más, que sería preferible el haber dejado las cosas conforme se encontraban. Después, cuando venga la paz, ya organizaremos el que cada individuo gane lo indispensable para mantenerse. Lo importante de estos momentos es que yo creo que las industrias incautadas, si están estudiadas con un interés amplio, no mirando el interés particular, sino mirando una fórmula general, creo que conviene a la guerra, y creo también que la disciplina que han de imponer los Sindicatos será la forma más perfecta.

Nosotros hemos creado un Comité de Enlace entre U. G. T. y C. N. T., por el que somos vigilados, y adonde pueden apelar los compañeros si creen que nuestras resoluciones no son justas. Sólo de esta manera me he prestado a colaborar. Sólo de esta forma se debe colaborar en la transformación de la industria; creo que hay que estudiar la forma de su transformación. Y ya hemos dejado sentado el principio de que la industria en nuestro país es pobre, y para poder vivir económicamente hay que transformarla. La labor de todos es ponernos a estudiar los procedimientos a seguir guiados por estas líneas generales.

Y nada más.

INTERVENCION DEL COMPAÑERO
LUCIO OLIVA

De la Fracción Socialista de Banca y Bolsa.

Camaradas: Aquí estamos en este acto, para mí tan importante, que será la demostración del vitalismo de nuestro viejo Partido. Los que de siempre le hemos amado tanto, los

que sentimos ansias por su mejor desenvolvimiento, esperábamos actos tan grandes como éste o análogos a éste para hacer demostración a todos de lo que es capaz de hacer nuestro Partido, que era orgullo de Pablo Iglesias, que puede ser orgullo de una nación y puede servir de modelo al mundo entero.

Al cabo de trece meses de guerra, es la Unión de Grupos Sindicales Socialistas la que se ocupa de organizar una Sección de Propaganda. Es al cabo de trece meses de guerra cuando nos agrupamos un número bastante crecido de compañeros para trabajar en pro de nuestro Partido, en pro de las ideas socialistas, en pro de eso que a todos nos es común: las ideas marxistas. A estos cursos de capacitación hemos acudido, según hemos visto por la lista que nos leía el compañero Peinado, tantos que sólo su número puede enorgullecer mucho a aquellos que rigen los destinos de nuestro Partido. Ya pueden tener la seguridad ellos de contar con un número suficiente de compañeros, con una cantera, como decía el compañero Egido, tan importante, de la que poder sacar pilares tan firmes como para que nadie se crea tan poderoso para derribar la fortaleza que supone el Partido Socialista Obrero Español.

Acabamos de entrar en el taller de labrado y pulimentación. Cuando estos trabajos los tengamos hechos, veremos. Yo estoy seguro de que esto nos ha de costar mucho trabajo; que a los compañeros organizadores les ha de dar muchas molestias, pero tengan todos fe y verdadero ánimo en lo que vamos a realizar y sepamos que, con mucha facilidad, todos muy unidos, podremos recorrer fácilmente el camino que ahora nos tracemos.

Y aquí estoy yo, queridos compañeros, como un miembro de la Fracción Socialista de Banca, y considerándome como una de las piedras más duras de esa cantera que antes citaba. Quiero estudiar; quiero que se me labore; entonces veremos a ver si los Organismos rectores de nuestro Partido podrán hacer el menor uso de mi modesta persona. Pero, con naturalidad, tengo que decir que no me puedo avergonzar por la pobreza en el desarrollo del tema que me ha sido conferido. Quiero insistir mucho en esto, y que se sepa que no hemos estado acostumbrados a realizar actos como éstos, y, por eso, sólo nos guía la buena fe, el buen deseo de realizar algo en pro de nuestro Partido. ¡Qué más quisiera yo que hacer ahora una verdadera lección de marxismo, ahora, y en todas cuantas intervenciones se me encomienden por la Unión de Grupos Sindicales Socialistas!

Y como voy a entrar en el tema que me ha sido conferido, yo pediría a todos vosotros audiencia para que leyera lo que yo pienso sobre Principios marxistas, porque, como dije, nos falta práctica y no quisiera incurrir en graves faltas; quizá en otras intervenciones ya no tenga necesidad de hacer lecturas.

Compañeros todos: Aquí estamos en este acto tan importante para demostrar la vitalidad cada vez mayor de nuestro viejo Partido. Los que le amamos de veras, los que en todo momento sentimos ansias para su mejor desenvolvimiento, esperábamos sucesos tan transcendentales como el presente o análogos al presente para calibrar lo que es capaz de realizar este nuestro Partido, gloria de Pablo Iglesias, orgullo de una nación, modelo para el mundo entero.

Es después de trece meses de guerra cuando la Unión de Grupos, en su nombre, en el del Partido, viene a instituir esta especie de

cátedra en la que habrán de tratarse los más dispares temas, si bien todos se deriven del conocimiento que los militantes socialistas hemos de tener de lo que es nuestra base de existencia: el marxismo.

Y a estos cursos de capacitación política y sindical hemos acudido tantos socialistas, que sólo su número puede enorgullecer a los camaradas que hoy nos rigen. Ya pueden tener la seguridad de que existe una cantera enorme de donde, en momento dado, sacar pilares tan firmes como para que nadie intente derribar nuestra fortaleza. Acabamos de entrar en bloque en el taller de labrado y pulimentación. ¡Cuando lo tengamos hecho!... Esto nos va a dar mucho trabajo y a los organizadores preocupaciones sin fin. Pero tengamos todos cariño a nuestra institución, fe ciega en nuestro destino y fácilmente recorreremos el camino que nos trazamos en este acto.

* * *

Y aquí estoy yo, queridos camaradas, como una de las piedras, quizá la más dura, arrancada a esa cantera que antes cité, y que necesita ser labrada y pulimentada si de ella se quiere hacer el menor uso.

Pero con naturalidad tengo que decir que he venido aquí a estudiar. No me avergüenzo de tener una intervención tan pobre como en resumen será la mía. ¡Qué más quisiera yo, en servicio del Partido, que poder hacer una verdadera lección de cualquiera de las intervenciones que me correspondan!

* * *

La casualidad ha querido que me larguen los queridos compañeros de la Secretaría el desarrollo del tema "Principios marxistas".

Cabría la posibilidad de que al llegar a este salón yo hubiera cambiado algo el programa por lo que a mí respecta, haciendo como el mal alumno que al no saber un tema contesta por aquel que sabe al detalle. Pero a este acto se le ha dado divulgación en la Prensa, y aquí estamos, como en Asamblea extraordinaria, sin que nadie ignore el orden del día.

* * *

Y menos mal que en España estamos viendo una verdadera lección de marxismo desde el año 31, y más intensamente desde el alzamiento fascista. No conoceremos el abecedario; pero hemos asimilado con la lucha los libros de enseñanza superior. No sabremos exponer una idea; pero la idea la llevamos grabada a fuego.

Por eso si Marx viviera, observaría que aquí la burguesía no dió cultura al proletariado; pero sí motivos para que éste se considere, con justificadísima razón, el único digno de regir los destinos de esta España tan desgraciada. Los trabajadores españoles tienen eso: una práctica político-social cual pocos. Es lástima que la hayamos adquirido a costa de tanta sangre. Pudimos, creo yo, haber hecho nuestra revolución sin pagarlo tan caro. Se desaprovechó la ocasión. O quizá es que entonces no habíamos conseguido el grado de madurez que ahora yo achaco a todos nosotros. Con esto se puede asegurar que la revolución será nuestra; que no estará por jamás al servicio del capitalismo.

Desde los primeros movimientos obreros, en el siglo pasado, hasta nuestros días, el proletariado español se ha enseñado tanto

que casi, casi, ve en ese programa admirable que es el manifiesto de Marx y Engels, uno realizado individualmente. Máxime cuando para su desarrollo se deja ese margen que exigen las circunstancias históricas de cada país.

Y los trabajadores españoles saben también que no es cierta aquella identidad entre capital y trabajo que predicán los capitalistas. Saben que siempre ha habido lucha de clases: la burguesía venció al feudalismo, y por su egoísmo, por su cerrilismo, fué creando el proletariado; este proletariado con quien ella se empeña en luchar y que fatal, inexorablemente terminará por desterrarla para dar fin a tanta contradicción como tiene su organización particular y estatal.

Y forzosamente hemos de volver a nuestro caso práctico. La guerra que padecemos no es sino de clases en términos generales, y avivada por la locura de unos cuantos a los que no se les puede discernir otro título que el de traidores y monigotes ambiciosos. Pero al fin y al cabo, gentes que no saben dar solución a sus problemas como no sea apartando sin compasión a lo que les trae en jaque: la masa obrera.

Y decíamos antes que la burguesía anuló al feudalismo. A mi juicio aun quedan vestigios de él, y son las monarquías existentes en Europa a pesar de llamarse democráticas. Es absurdo el sistema hereditario para la gobernación de un país, acarreando además esa serie de privilegios dignos, como decimos, de los señores feudales. Todo esto lo sabemos nosotros también y no lo necesitamos para estar bien regidos. Adivinamos lo que es el gobierno del pueblo por el pueblo mismo, y lo queremos como lo más justo, como lo más racional.

Y es que tenemos estudiado lo que significa un régimen capitalista por muy democrático que se quiera llamar. La explotación del hombre en este régimen es mucho mayor que en el pasado. Se hace a conciencia cierta. Para ello está montado el aparato todo del Estado. Me parece que es en el Manifiesto Comunista donde se dice que el Estado capitalista equivale a un Comité Administrativo de los negocios de la burguesía. Nada más cierto que eso. Y nosotros de ello tenemos experiencia. Mientras no se desmonte ese aparato burgués los Gobiernos serán miembros del Comité dicho. De nada sirvió que tuviéramos Gobiernos según nuestro deseo. Forzosamente los hombres que los componían se movían como quería la Banca, ferrocarriles, etc. O no se podían mover.

A nosotros con la guerra que no provocamos se nos anticipa la consecución de nuestros anhelos. Ya va a llegar el fin a ese capitalismo tan cerril, que va a caer sin que hubiera alcanzado su máximo desarrollo.

He ahí una prueba más de la incapacidad de los que hasta ahora nos gobernaron. Pero eso no supone sino anticipar, repetimos, su caída. La ley natural que Marx fija nos demuestra que no tiene salida posible. No saben regirse. Con su régimen el mundo no puede seguir adelante y al mundo no se le puede detener.

Los burgueses revolucionaron el mundo creando la gran industria. Pero fué para su provecho personal. Y tan personal que ni ellos mismos se respetan. Se hacen guerras con sus productos hasta que alguno de los contendientes cae. Cuanto más perfecta sea su organización individual, mayor la desorganización general. Producen por producir;

sin saber cuánto ni qué es lo que más falta hace. Y para terminar con sus guerras intestinas se agrupan los más poderosos para imponer al mundo la mercancía de que son casi exclusivos dueños. Ellos se salvan momentáneamente; pero por ese agrupamiento van quedando por tierra las industrias menos fuertes que no pueden producir como los grandes centros.

Y a medida que la industria cobra desarrollo, el trabajador cada día se hace más obrero. Antes tenía posibilidad de desenvolvimiento particular. La organización capitalista fué haciéndose cada vez con más hombres, hasta que, cuando la producción se tenía que almacenar, los dejaba disponibles. Era conveniente a sus intereses crear este ejército de trabajadores como reserva de que echar mano cuando lo necesitase. No suponía que se volvería contra ellos mismos hartos ya de ser explotados.

Los trabajadores quieren ya que los productos de su trabajo sean para disfrute de ellos mismos.

El capitalismo hizo obreros a los hombres de profesiones más diversas, anulándose sus representantes en toda actividad. El director de un Banco no es sino un obrero, lo mismo que el jefe de cualquier Empresa. Igual que todos los técnicos que las dan vida. Así, pues, el proletariado va a gobernarse, porque hasta ahora era el que todo lo gobernaba menos a sí mismo.

Entiendo, compañeros, que como desarrollo de mi primera lección ya está bien. Yo podía haber cogido otro tema también, pero que no sé si entraba dentro de éste. Yo quiero decir que la Fracción Socialista de Banca tiene mucho interés en trabajar en todas estas cosas. Yo quiero que sepáis todos vosotros, también, que este tema mío será estudiado por la Fracción Socialista de Banca, la que me sacará todas las faltas que haya podido cometer, y de esta manera, como corregimos a otros compañeros que están dentro de la Sección de Propaganda, podremos llegar a un momento en que nuestra intervención será brillante.

Y yo quisiera terminar recordando el cuento que días pasados daba por radio, en nombre de la Fracción Socialista de Banca, y que es consustancial con ésta. Se refiere a Pablo Iglesias, y yo decía que uniéndonos todos los socialistas podíamos caminar mucho por esta senda de la revolución que ahora tenemos marcada. Este, a mi juicio, es marxismo puro, porque sin el Partido Socialista, sin la preponderancia que el Partido Socialista tiene para las masas españolas, la Revolución no sería conducida como los socialistas entendemos que debe ser, y así no hay contradicción en eso de: "¡Trabajadores del mundo, uníos!".

INTERVENCION DE GARCIA DE LA SERRANA

Camaradas: Vamos a discurrir en estos momentos, serenamente, sobre el tema que me han dado, haciendo, desde luego, lo que yo creo que es justo hacer siempre que se hable en público, siquiera estas conversaciones nuestras no tengan la categoría de discursos. Pero nosotros no podemos olvidar —yo al menos no lo quiero olvidar— que estas conversaciones nuestras no se desenvuelven ni como Asamblea ni como mitin, sino que esto, o yo estoy completamente confundido y fuera de quicio o de razón, o es una Escuela de Propagandistas. Y como es Escuela

de Propagandistas, no se achaque a petulancia, sino a cumplimiento estricto del deber que nos han impuesto, que a la vez que desarrollemos el tema, vayamos diciendo cómo deben hacerse los discursos.

Indudablemente, todo discurso tiene un preámbulo. Es lo mismo que vosotros habréis practicado infinitas veces cuando presentáis una proposición a la Mesa. Siempre va acompañada de un preámbulo, o sea: de algo explicativo de lo que luego vais a decir, o algo que sirva de fundamento a lo que vais a exponer. Y en este preámbulo, fijarse bien que no está reñida la cortesía y la buena crianza con nuestra disciplina marxista de sequedad, de formalidad y de seriedad. Es decir, el fondo nuestro, ¡qué duda cabe!, es serio, seco y disciplinado. ¡Ah!, pero la forma la podemos hacer todo lo suave, todo lo cortés, todo lo elegante y cariñosa que se nos antoje y, por eso, en este preámbulo viene muy bien siempre el que el orador se encargue de felicitar a los que le han precedido en el uso de la palabra, felicitación que, en este caso, no es como mera norma de cumplimiento, sino que es una cosa salida del corazón, porque tengo la seguridad que las palabras de Egido y Peinado, y los discursos de nuestros camaradas, han sido dos cosas absolutamente demostrativas de que han cultivado muy bien el tema que les han indicado, y a la vez que los camaradas de los Grupos Sindicales; siendo una honda, una profunda preocupación porque los Grupos Sindicales vayan adelante, porque sean los que orienten la vida socialista de nuestro partido, y además, porque esta Escuela de Propaganda, honrándonos con su presencia y con sus palabras, llegue adonde yo creo que llegará en plazo muy próximo: a ser la Escuela de Propaganda mejor intencionada, más numerosa y de hombres más cultos que exista dentro de España.

Siguiendo estas mismas normas y este mismo camino que me he trazado, después me he de permitir dar algunos consejos que ya esboqué en la reunión que celebramos en la Unión de Camareros. A mi juicio, aquí no se trata de sacar hombres elocuentes; eso lo dan las tribunas o la naturaleza; eso es muy difícil improvisarlo. Y, aunque dicen que Demóstenes, que era tartamudo, llegó a hacerse un gran orador a fuerza de llevar una piedra debajo de la lengua, yo tengo la seguridad de que casos como aquél no se han de repetir con frecuencia. Aquí lo que nos interesa es crear un semillero de hombres serios, claros y honrados, sobre todo que expongan las ideas con claridad meridiana, con absoluto desinterés, sin pesares, sin ninguna clase de reservas mentales, porque tened la seguridad de que esos que van a las Asambleas y a los mítines con la sola esperanza de la ovación y de la vuelta al ruedo, generalmente se quedan sin la ovación y sin la vuelta al ruedo, porque parece que están turbados, mirando al público y diciendo: ¿Cuándo me aplaudirán? ¿Por qué no me aplaudirán? No os preocupéis; el público aplaudirá si le habláis con el corazón; si lo hacéis con la cabeza, el aplauso no sirve para nada. Lo que importa son los sembradores de ideas, y yo quisiera que de aquí saliera una serie de hombres conscientes, claros, serenos en la exposición, convencidos en el juicio, y, sobre todo, que hablaran a las masas con el corazón, con cariño, que no vieran en las masas, ni aun en sus disidentes, un enemigo, sino siempre un hermano descarriado, y si es descarriado,

mejor para dirigirse a él, porque el hacerlo a un convencido es casi tanto como predicar en desierto, puesto que al que está convencido, no hace falta convercerle. El mérito, aunque sea detestable la cita, de lo que han hecho los de la acera de enfrente—de los frailes, de los catequistas—, está en captarse voluntades. Pues bien: este es el plantel de hombres que de aquí debe salir, y tened en cuenta que la historia misma abona estos casos que yo estoy diciendo. Estoy seguro de que hace mucho menos ruido el polvo que va levantando la esteva del arado cuando va sembrando, que los hermosos castillos de fuegos artificiales, y, sin embargo, de ese polvo que va levantando la esteva sale un plantel de tallos buenos y tiernos y de esos tallos, que son un sedante para el sistema nervioso, una alegría para la población, sale el grano del que hemos de comer y de vivir todos; y, en cambio, ¿qué queda de los fuegos artificiales? Ved un castillo por la mañana, porque generalmente se queman de noche para que resulten aún más vistosos, y observaréis que tan sólo quedan de aquél cuatro cañas y cuatro papeles quemados. De aquí no ha quedado nada. De lo que quedó fué de lo que se sembró. Por eso yo quiero que seamos nosotros sembradores de ideas y no lo seamos de fantasías, y, después, cuando nos despedamos del público, que éste diga: "¿Y qué ha dicho? Ha estado muy bien; nos ha emocionado; pero ¿qué ha dejado sembrado? Nada; absolutamente nada". Por eso, repito, es preferible ser sembradores de granos, no oradores de fuegos artificiales.

Y en la historia lo veis: hombres de palabra príncipe, hombres de palabra cumbre como Castelar—yo no sé si cometo una herejía—, no dejaron nada sembrado; si Castelar no hubiera escrito, no dejó ni un solo pensamiento de sus discursos que valiera la pena del comentario. "Yo he visitado Lissorna", decía. ¿Y de todo aquello, qué quedó? Un recuerdo bonito. Y en cambio, hombres de otra elocuencia austera y serena, hombres que quizá hasta hablaban mal, como Carlos Marx, y en España nuestro gran Pablo Iglesias, sin esas brillanteces, ¡cuánto han sembrado! Figuraos que hace cincuenta y ocho años se reunían tres o cuatro hombres muy modestos, modestísimos, en una taberna, porque no podían disponer de otro local y por la clandestinidad de los actos. Y esto es una pequeña representación de lo que estos hombres han hecho; pero figuraos la serie de miles de millones de hombres del proletariado mundial que hoy están a nuestro lado sentimentalmente; que quizá pronto lo estén materialmente, pero, por lo menos, sentimentalmente lo están. ¿Y quién creó esto? ¿Castelar con su elocuencia o Carlos Marx y Pablo Iglesias con su labor concienzuda y recta de sembradores honrados? Pues lo crearon estos últimos. Por eso, cada vez que me levante a hablar en estos sitios, he de insistir en estos conceptos: decirlo como queráis; ser machacones; no importa como lo digáis; como lo digáis con el corazón y la intención sea buena y no estéis disparatados en esos momentos, tened la seguridad de que al salir no llevaréis quizá la satisfacción del aplauso, pero la satisfacción de haber convencido a muchos os debe agradar mucho más que todas las ovaciones que hubierais podido recoger durante el discurso.

La Comisión Ejecutiva y todos los camaradas, para mí no han tenido, desde hace tiempo, más que cariño, afecto y considera-

ción, y me veo en el caso, en este momento, de decir que estoy lleno de gratitud; lo digo profundamente emocionado. Pero que tengan en cuenta que no han puesto este cariño, este afecto, esta consideración en un terreno baldío. Yo soy uno de los hombres que antes señalaba Gómez Egido. Yo soy un hombre enemigo de ir adonde no me llaman; me he acostumbrado a mis trabajos médicos, y en ellos me desenvuelvo muy bien; yo no me siento nunca más a gusto que cuando estoy entre mis mujeres; allí hago mi modestísima propaganda, no política, pero sí cordial, cariñosa y de afecto. Y no he sabido asistir a los sitios públicos, o no me han llamado a ellos. No me han llamado a los sitios públicos, pero bien lo he deseado. Ya veis cómo os hablo con claridad. Yo he sentido dentro de mi alma infinita amargura porque el Partido Socialista no haya contado conmigo siempre; en los momentos fáciles, quizá no; pero en los difíciles, me hubiera gustado que siempre hubiese contado conmigo. Pero claro, yo no me había exhibido nunca; yo era una mala cupletista que no bailaba más que en familia, y nadie sabía que yo pudiera bailar, aunque mal. Y nunca en la vida he salido a la palestra hasta ahora. Pero digo que la Comisión Ejecutiva y los camaradas no han puesto mal su cariño, su afecto y su consideración en mí, porque yo hace treinta y ocho años fundé la primera Casa del Pueblo en la provincia de Jaén, donde trabajé. Desde entonces acá, o he sido socialista, o no he sido nada, porque no he tenido contacto, no he tenido ni siquiera posibilidad de ponerme al habla con nadie que no sea obrero ni socialista. Cuidado, que en mi profesión hay motivos para cambiar de ideas; cuidado, que en mi profesión se les exigía a los hombres pasar por debajo del aro, y el que no pasaba no ganaba dinero y no vivía, y ya sabéis lo respetable que es la vida de la familia de uno, y sobre todo si ésta es numerosa. Pues bien: yo he tenido la suerte de no tener que pasar por ese aro y defenderme en la vida, porque, como digo, he tenido suerte, y no he hecho nunca una claudicación de mi conciencia, una claudicación externa. Emplazo al mundo entero a que diga si García de la Serrana ha sido alguna vez algo que no sea socialista y amigo de los obreros. Por eso, todos los camaradas que han puesto en mí tantas pruebas de cariño, no las han puesto en terreno baldío, y os digo de una vez para siempre: donde yo esté hay un camarada y un amigo, para vosotros los primeros, para los comunistas, para la C. N. T., para todos los que viven de su trabajo; todos tenéis en mí respeto, cariño y reciprocidad de servicios.

Y fiel a este propósito, la Comisión—como al que más se le quiere es al que más se le castiga—me dió un tema distinto a éste, y de pronto me dice que no, que he de hablar de Relaciones entre Organizaciones marxistas. Claro que hay cariños que matan, porque éste es un tema que o yo, vuelvo a repetir, estoy fuera de la realidad en estos momentos, o es un tema que está candente sobre el tapete dentro de nuestras organizaciones; el de las relaciones con los otros grupos marxistas. Pero no tema la Comisión, ni temáis vosotros que he de decir cosas que puedan perjudicaros. Yo tengo conciencia de mi insignificancia, y tengo conciencia, además, de que los hombres de más prestigio de nuestro Partido, los que ocupan con tanta razón los puestos más elevados de nuestro Partido, darán a esto una solución que, indudablemente,

te, será grata para todos, pero que, por lo menos, si no es grata para todos, la habrán dado después de un meditado estudio, después de una meditada reflexión, y, sobre todo, habrán procurado que no pueda ser en desventaja nuestra, ni en perjuicio nuestro esta unión que se pretende. Pero el que yo no pueda aquí definir, porque para definir ese dogma hay definidores de una categoría más alta, no quiere decir que no pueda hacer "sugerencias"—palabra que se ha introducido en nuestro léxico desde las Constituyentes, y que hoy la pronunciamos todos con la misma facilidad que cualquier otra—; en esta tribuna sí que puedo hacerlas todas, porque, después de todo, además de que yo tengo responsabilidad de lo que digo, tengo, en cambio, la ventaja de que si estas sugerencias mías sirven para que vosotros mañana, que las conocéis mejor que yo, podáis discutir con otros, no está mal. Repito que esto va a título de sugerencia.

Y yo pregunto: ¿Relaciones entre Organizaciones marxistas? Partido Comunista, Partido Socialista. ¿Qué pronto podía acabar el discurso! Cordiales y de lealtad. Ya hemos terminado; yo creo que no habría que hablar ni una palabra más. ¿Y por qué, si no habría más que hablar, tenemos que seguir hablando? Pues la razón es bien clara: porque no hay ni cordialidad ni lealtad; porque si las hubiera, ¿hacía falta la consulta? ¿Es que hacía falta que se crearan los Comités de Enlace? Cuando un hombre y una mujer, ambos de veinte años, se quieren con locura, y además de ese cariño tan grande que se tienen, y arrebatados por el mismo, han llegado a tener relaciones carnales, ¿es que les hace falta que nadie les junte? Yo creo que ni el cura; éste lo hará porque ellos se lo pidan, pero ellos ya se unieron. Y aquí tenemos que andar, desde hace meses, hablando de cómo nos vamos a juntar, por dónde nos vamos a unir. Pues está más claro que el agua: esto no va a ser una unión como no pongan mucho tiento los que la hagan; va a ser un matrimonio de conveniencia. Y si sabemos que el matrimonio es pesado, que es una carga que primero se hace tan ligera que parece una pluma; que a los pocos meses se va convirtiendo en un lápiz y después en una maleta que si primero llevó ropa luego lleva piedras, no comprendo que si es un matrimonio de conveniencia vaya a ir cargado de piedras desde el primer día. De modo es que yo—¡pobre de mí!—, ¿qué obstáculos voy a poner a ninguna clase de anhelos? Los obstáculos se los ponen ellos mismos. Que todos los que trabajamos deseamos la unión. ¡Ah!, pero ¿qué duda cabe? Yo no creo que haya nada más simple, ni más tonto, ni más parecido a un esclavo, que el obrero que no se quiere juntar con los obreros, porque, que no sea marxista el que se encuentra en el mundo en situación privilegiada, lo creo lógico y lo creo racional; pero que haya obreros que todo lo que son se lo deben al marxismo y no se quieran juntar. ¡Ah! Estos obreros tienen condiciones de esclavos. Por eso cuando he visto a los obreros en esos Centros católicos actuando de ayudantes de curas o de monjas, no los he calificado mal; he dicho: "son hombres cretinos, de poca inteligencia, que no dan más de sí"; porque, si fuera lo contrario, pensaría que no están en ese campo, sino que están en el nuestro. De manera que cuando aquí no hay unión, ¿por qué es? Pues es, sencillamente, porque a pesar de los grandísimos deseos que a todos nos animan de unirnos, estamos muchos llenos de heridas, y de heridas

Ayuntamiento de Madrid

tan hondas y tan profundas que muchas veces, aun haciendo un esfuerzo violentísimo sobre nuestra conciencia, aun acallándola, aun amortiguándola, anestesiándola, no pasamos por que nos debamos juntar; porque es grave el problema de que yo conviva con unos hombres que en el papel, en el escrito, piden todos los días la unión, piden todos los días socorro—porque lo que hacen es pedir socorro—, y luego, en la práctica, las dagas florentinas, las puñaladas por la espalda, se repiten tanto más que letras contienen cada uno de los artículos que escriben. Ahí está el porqué. Y por eso no nos sentimos con esa necesidad de unirnos, y, si no, el fenómeno hubiera sido bien claro. ¿Qué hace el Comité de Enlace de Valencia? ¿Pensar en unirnos? Si nosotros no tuviéramos todas esas heridas, esos recelos, esos disgustos, ¿es que no estaría el Comité de Enlace lleno de cartas y telegramas interesando la unión rápidamente? Y ya veis que quiero al menos expresarme con el lenguaje más puro con respecto a ello, porque es una de las cosas que hay que hacer cuando se habla en público, no herir al adversario demasiado, y, sobre todo, no herirle nunca groseramente, porque entonces el auditorio al que así hace le toma, con razón, antipatía, porque hay muchas maneras de decir las cosas y se pueden decir con suavidad.

¿Que se hiciera la unión? Bien. Yo sería uno de tantos a acatar ésta, pero no la fusión, porque es que además—y éstas ya son opiniones personales mías—, cuando se funden dos cosas y se funden de tal manera que se convierten en una sola, es un perjuicio el elemento que resulta de esta fundición. Porque todas las organizaciones, lo mismo que el cuerpo humano—y de algo me ha de valer el ser médico—necesitan acicates, estímulo, fiscalización, etc. Y en el momento en que una organización no tiene nada de esto, le ocurre una de las dos cosas que ocurren en el cuerpo humano: cuando falta una hormona, que no fiscaliza, que no dificulta los efectos de producción, se producen fenómenos de dos clases: o una cosa extraordinariamente enorme—y habréis visto esos hombres gigantes o esos hombres pequeños—, o vienen, en un sentido o en otro, trastornos graves. Si una organización se encuentra sola, disponiendo a su antojo de todos los resortes del Poder, esa organización puede caer, o en el vicio de la tiranía, o en el vicio de la dejadez, de la apatía, e irse consumiendo lentamente. Lo que da vida al cuerpo como a las organizaciones es tener siempre una oposición que censure, porque de esa manera, nadie, sabiendo que hay una oposición constantemente, se puede dormir, y a la vez, el que sabe que le hacen esa oposición, también la ejerce sobre quien a él se la está haciendo.

De modo que unión, sí; fusión, no. Pero para llegar a esa unión, a mi juicio, hay dos cosas que hacer: una, la primera, deshacer un error fundamental, a mi modesto juicio, que hubo en el Gobierno. El Gobierno—y como esto es un hecho histórico se puede censurar—hizo, a mi juicio, un error profundo con obligar a todo el mundo a que se sindicara. Porque, es claro: organizaciones tan severas como la nuestra, que tenían una historia de disciplina como la nuestra, admitieron muy pocos en muy contados casos. Pero otras los admitieron en avalancha, que el día que se haga la revisión de los ficheros se van a ver espectáculos verdaderamente fastidiosos para esas organizaciones, porque ha habido alguna que ha dicho: todos los médicos que no tengan

donde e
dicados
hecho e
nientas
ganizaci
die, qu
la con
ha resu
teniendo
error d
para ell
tro pap
que no
se encu
gente p
bor de
graveda
mis pal
tenidos
han dic
se atrev
se ha r
xistas r
lo he o
nido un
dad, qu
que yo
ra y de
otros s
para q
defendi
que, se
ragoza
tragedi
a sufrir
ganis
han rel
sentido
ro cuan
les quit
convin
con el
cir, qu
quinta
España
abierto
Y no
precisa
do cos
damen
ciones
no soy
nada,
este
bierno
dejar a
Nada;
su siti
glo a s
pudo o
ron in
neutra
carnet
con de
sado.
más tr
y es q
tomar
este c
cuand
presen
¡Arrib
me ha
ted."
con su
están
a nues
res ca
hombr

donde estar, que les obliguen a que estén sindicados, que vengan aquí. Y en un día se han hecho en Madrid mil fichas de médicos y quinientas de farmacéuticos. ¡Ah! Y cree esa organización, creéis vosotros, ni puede creer nadie, que en un solo día se haya podido tamizar la conducta de mil y pico de personas. ¿Y qué ha resultado de esto? De esto ha resultado, teniendo en cuenta el error del Gobierno y el error de la organización, un hecho trágico para ellos más que para nosotros, porque nuestro papel es brillante. Y ahora se encuentran que no tienen controlado el personal; y ahora se encuentran que hay por Madrid mucha gente paseándose con un carnet, haciendo labor de quinta columna. Darle a esto toda la gravedad que queráis, porque yo respondo de mis palabras. Hay individuos que han sido detenidos y llevados tres veces a la cárcel, que han dicho: "Aquí está el carnet, a ver quién se atreve"; le han echado a la calle, y al salir se ha reído de ellos; ha dicho que estos marxistas no son más que unos estúpidos. Yo no lo he oído; si lo hubiera escuchado habría tenido un disgusto. Pero lo sé con tal veracidad, que no me desmentirá nadie. Y esto es lo que yo sé de profesionales de mi misma carrera y de carreras similares. ¡Cuánto habrá en otros sitios! ¿Quién dió el carnet a Marañón para que pudiera pasar la frontera? ¿Quién defendió al secretario del Ayuntamiento para que, según dicen, se pudiera ir después a Zaragoza con los facciosos? ¡Ah! Pues con esta tragedia los que están sufriendo y los que van a sufrir son los hombres honrados de esos organismos, porque los hay, pero que hoy los han rebasado. Pero no los han rebasado en el sentido que decía el camarada Largo Caballero cuando declaraba que si se equivocaban se les quitara de ese sitio y se pusiera a otro que conviniera más, no; éstos los han rebasado con el rebasamiento de la peor especie, es decir, que los han envuelto en una atmósfera de quinta columna, que huele a perdición para España como no estemos todos con el ojo muy abierto.

Y no quiero seguir en este terreno, porque precisamente ayer y hoy deben estar ocurriendo cosas muy graves debidas a este error fundamental de Gobierno y de algunas organizaciones obreras. Pero la guerra dicen todos—yo no soy un técnico—que podía estar, si no ganada, muy adelantada, si no hubiera sido por este error de estas organizaciones y del Gobierno. ¿Qué hubiera perdido el Gobierno con dejar a cada uno como estaba el 18 de julio? Nada; que cada uno se hubiera mantenido en su sitio y le hubiéramos calificado con arreglo a su conducta durante la Revolución; y se pudo crear—puesto que tantas cosas se crearon inútiles—un Comité de protección a los neutrales, donde todo el que hubiera ido sin carnet hubiera sido estudiado y examinado con detenimiento y luego hubiera o no ingresado. Porque con esto ha ocurrido el golpe más tremendo que le puede ocurrir a España, y es que como todo el mundo ha tenido que tomar el carnet para vestirse de máscara en este carnaval, todos los que esto han hecho, cuando Franco entrara en Madrid, podrían presentarse a él, diciendo: "Perdón, general; ¡Arriba España! Yo tengo un carnet porque me han obligado a tenerlo, pero yo era de usted." Pero, en cambio, si no entra Franco, con su carnet se están codeando con nosotros, están viviendo con nosotros, están asistiendo a nuestras reuniones, y están ocupando mejores cargos que los que se les han dado a los hombres de solvencia, de capacidad y de anti-

güedad en los partidos antifascistas. ¿Y qué ocurre? Pues que pueden ser los espías; de hecho lo serán algunos. ¿Y qué puede ocurrir? Que el día de mañana descuidemos la retaguardia; la dejemos sólo con pistolas y nos encontremos con que tenemos treinta mil hombres en Madrid con sus respectivos fusiles, y con su carnet de una organización antifascista—y no quiero nombrar a ninguna—. Esta es la gravedad que yo he visto, y por esto digo: ¡Ojalá que mis palabras tuviesen la resonancia suficiente para llegar a los sitios donde debieran llegar, y que el Comité de Enlace pudiera decir: "Yo no me junto con nadie: ni marxistas ni sindicales, sin que antes no quitemos todos los carnets que se dieron desde el 18 de julio, y, una vez desaparecidos, vamos a unirnos y vamos a ver a quién debe admitirse! Porque yo no tendría inconveniente en dar un carnet a todo el hombre que con menos de veinticinco o treinta años lo solicitara, porque en esa edad de los ímpetus o de las pasiones no es tan fácil ser un pillo como los que tienen cuarenta años. Es decir, que yo haría un tamiz mucho más tupido para todos esos perros con carlanas que después de los cuarenta y cinco años se han metido en las sindicales. A esos los tamizaría muy bien, y les diría: ¿Qué cariño ha sentido usted por estas ideas que a los cuarenta y cinco años, sin una posición definida, sin tener ya que hacer nada más que ir a sus ocupaciones, se afilia a un Sindicato? ¿Qué ha hecho usted que no ha pensado ser amigo de los obreros hasta que ha visto que éstos podían mandar? ¡Ah! Usted es un hombre de conveniencia. Y yo a estos hombres los detesto, porque los que no hubieran tenido un carnet—ha habido personas decentes que se han mantenido sin él y han preferido correr toda clase de riesgos—, aunque ya sabemos que se hallan en la tapia viendo de qué lado les conviene inclinarse, están más incómodos en esa tapia que los que están en ella, a la sombra del carnet, con un cojín debajo, sentados cómodamente. Por eso yo insisto en que éstas son las dos determinaciones previas que debiera tomar el Comité de Enlace para hacer la unión. Después, en todo lo demás, ya se iría como una seda, porque la unión no se hace porque haya ambiciosos que no la quieran; yo, por lo menos, certifico que en nuestro Partido no hay nadie que le lleve su ambición personal al punto de obstaculizar una obra marxista. ¿Que no se hace por pensar que nuestros dirigentes lo puedan hacer mejor que los de ellos? Bien. Esa es una razón, pero no un obstáculo. ¿Que no se hace por lo difícil que resultaría quitarles a ellos de los cargos de dirigentes cuando lo hacen mal? También nosotros lo podríamos hacer mal; una vez iniciado no sería más que motivo de un plebiscito.

Hay que apuntar una cosa a título de sugerencia, y es que en el Partido Socialista—y no es el afán de defender lo nuestro, yo siempre me pongo en un plano de igualdad—, cuando un hombre lo hace extraordinariamente mal en un sitio, más pronto o más tarde desaparece por el procedimiento que sea. Pero en el Partido Comunista no ocurre lo mismo. Los comunistas—y yo soy testigo de mayor excepción—han tenido un hombre que fatalmente lo ha hecho mal desde que empezó la revolución; ha ido de torpeza en torpeza; ha ido de claudicación en claudicación y ha ido sembrando labor tal, que han tenido que ir los propios comunistas a decirle a alguien que está muy cerca de vosotros: "Perdón; el Partido Comunista no es ese señor; el Partido

Ayuntamiento de Madrid

Comunista lamenta lo que ese señor ha hecho." ¡Ah! Pero eso no es lo peor. Si es verdad que lo hizo mal y que lo sigue haciendo mal, ¿por qué continúan poniéndole en sitios destacados? Hay que proceder con pies de plomo; porque si cada organización nos empeñamos en mantener hombres en las alturas que por cualquier circunstancia no les corresponda, entorpeceremos la labor.

Y nada más. Estas cuatro cosas que se me habían ocurrido de momento. Pero si deciros antes de terminar que es de tal gravedad y requiere tal meditación esto de la unión, si ha de ser una unión de una gran extensión ideal, que es preciso proceder con mucho tacto y meditarlo mucho. Con todos los Partidos obreros hay que meditarlo, pero con algunos hay que hacerlo doblemente, y no pensarlo una sola vez sobre la almohada, sino muchas noches. No es una broma; quedarnos con la espalda descubierta, quedarnos pensando que estamos salvaguardados por los camaradas o compañeros cuando está tan en peligro todavía la honra de nuestras mujeres, la vida de nuestros hombres y el porvenir de nuestros hijos, y creo que vale la pena de meditarlo muy bien; es más: es preferible, si no se tienen muchas garantías en todos sentidos, no unirnos; es mejor ver al enemigo de frente, saber de quién se ha de guardar uno, saber las precauciones que se han de tomar, que convivir con enemigos que un día puedan tranquila, sosegada y arteramente herirle a uno por la espalda.

Y he terminado.

INTERVENCION DE VICENTE VALLS

Compañeros: La Agrupación Socialista Madrileña, que ya estaba magníficamente representada por todos los compañeros que han intervenido en este acto, puesto que todos pertenecen a ella, y, sobre todo, estaba oficialmente representada con la presencia del compañero Egido, que precisamente hasta ayer ha sido presidente del Comité interino de la misma y forma parte, además, del legítimo Comité Ejecutivo que ayer se hizo cargo de la Agrupación, ha querido dejar que hubiera a manera de una representación específica de la organización, que pudiera decir su punto de vista en la significación que tiene este acto. Y ha querido que fuera yo el que interpretase su pensamiento, para cuya misión no me han dado ninguna consigna; no me han dado ningún indicio; no me han dado ninguna norma determinada y me han dejado con esa libertad que es costumbre en nuestro Partido—no sé si es costumbre buena o mala—, de que digamos buenamente lo que sepamos y que lo digamos como sepamos decirlo, con una responsabilidad individual, aunque respaldada por la organización. No hay peligro en este caso, porque ni el acto ni su significación son adecuados para que yo pueda abrogarme una representación teórica que no es necesaria, ni hay el peligro de que yo pueda caer en pecado de herejía. Sin embargo, quede constancia de que lo que voy a decir, lo digo con mi absoluta responsabilidad.

Yo he dicho en alguna otra parte que las Casas del Pueblo han servido en España, han tenido en España y para la educación del pueblo español, una transcendencia mucho mayor que todas las Universidades y todas las Escuelas oficiales. En esas Universidades, auténticamente populares, se han formado los directivos, los conductores de las masas proletarias. ¿Cómo? Creo que han sido los compa-

ñeros Egido y Peinado los que han hecho las primeras indicaciones. Con una modestia que yo llamaría humildad y con una generación espontánea, que a veces piensa uno si habrá sido suficiente o no habrá sido suficiente para crear esto que ahora se dice pomposamente los cuadros directivos; los cuadros de mando de las organizaciones. El hecho es que el Partido, que ha vivido en esa forma humilde en cuanto a la extracción de sus mejores afiliados y directivos, tiene una pléyade de hombres de primera categoría, que en todo momento han sabido hacer honor a su Partido, a su organización y a sus doctrinas. Por eso, porque la selección de nuestros cuadros de mando no se ha hecho a golpe de consignas, ni se ha hecho a instancia e influencia de determinados organismos, nosotros hemos seguido hasta hoy esta norma de humildad y esta norma de modestia, de la cual, no obstante estos nuevos síntomas de mayor vitalidad, no nos vamos a apartar tampoco. La Agrupación Socialista Madrileña tiene sus avanzadas en la influencia que forzosamente ha ejercido y seguirá ejerciendo en las organizaciones sindicales; tiene sus avanzadas en los Grupos Sindicales Socialistas. Somos nosotros quienes bajo la dirección, bajo la inspiración del Partido, en este caso de su organismo local, que es la Agrupación Socialista Madrileña, hemos de actuar en los Sindicatos. Por tanto, estos Grupos Sindicales tienen una masa específica de tipo político, pero de influencia sindical. Y ahí está la enorme transcendencia de la organización de una Escuela de Propagandistas. Propagandistas, ¿de qué? Propagandistas del espíritu, de la doctrina y de la conducta del Partido. Propagandistas, ¿dónde? Pues en el exterior y, sobre todo, en el interior. El compañero García de la Serrana ha hecho unas reflexiones, ha sugerido unas ideas que todos compartimos. En esas ideas y en esas sugerencias está la razón última—si queréis la razón primera—de esto que se empieza hoy. ¿Por qué? Pues porque en la propaganda que vamos a hacer fundamentalmente, no es tanto la exposición de ideas en público, cuando salgamos a los pueblos o cuando dentro mismamente de Madrid vayamos a un acto proselitista, como aquella actuación diaria y permanente que tengamos que realizar dentro de nuestro Sindicato, que es lo fundamental. Vosotros, sabéis qué ofensiva más descarada, qué ofensiva tan imprudente se está realizando en el seno de nuestros Sindicatos; qué ofensiva tan imprudente se está realizando en los Comités de Enlace de los Sindicatos con propósitos absorcionistas; qué política más peligrosa para ir captando de manera ilegítima la voluntad de nuestros camaradas con toda clase de procedimientos. Esos procedimientos los sabéis todos, como los sé yo, porque vivo una vida de Sindicato, que se están realizando, y esto, repito, es ilegítimo. Y ante eso, no es necesario que nuestra conducta y nuestra labor en los Sindicatos se aparten en lo fundamental de la conducta permanente del Partido, que es una conducta de honradez y lealtad; pero sí que acuciemos nuestra perspicacia. ¿Para qué? Pues para luchar con armas nobles y legítimas contra la deslealtad y contra la calumnia. Nosotros no podemos de ninguna manera realizar la propaganda y la actuación por los procedimientos que emplean otros Partidos que se llaman hermanos nuestros. No podemos hacerlo porque repugna a nuestra conciencia; no podemos hacerlo porque sería negar nuestra historia; pero lo que

debemos y podemos hacer es ser inteligentes, prudentes y poner a nuestra actuación un poco de malicia; no para hacer cosas malévolas, sino para ponernos siempre en guardia cuando nos ofrezcan alguna cosa con demasiadas facilidades. Hay que ir a los Sindicatos con esa malicia y para esta labor es necesario que las personas, los compañeros que tienen algunas condiciones, las cultiven, para que en el seno del Sindicato sepan aprovecharse todas sus fuerzas y sus capacidades de la manera más eficaz posible. Un compañero que tenga posibilidad, inteligencia, capacidad personal para dirigir, para ser dirigente, en una palabra, es necesario que las cultive; es preciso que las perfeccione para que su actuación sea de este modo más eficaz, más fructífera para los fines que persigue este Partido, que son los de mantener y aumentar su influencia en la U. G. T. Nosotros no podemos admitir como principio, en absoluto, cuando vemos que una masa quiere avasallarnos, que nos sobrecojamos, que nos encojamos, y decir: Quizá sea el momento en que tengamos que retroceder. El Partido que haga eso puede extender su acta de defunción. Cuando nos quieren absorber, nuestra obligación es levantarnos contra esa absorción. ¿Cómo? Trabajando más que nunca, haciendo más que nunca por el Partido; poniéndonos codo con codo, muy pegados, para que entre un compañero y otro no se pueda abrir una grieta en la cual pueda meter una cuña el enemigo y resquebrajarnos. Esta va a ser fundamentalmente la labor de esta Escuela de Propaganda. Una Escuela para seleccionar a los compañeros que tienen condiciones; es necesario levantarlos, poniéndoles en realce para su utilización. Al fin y al cabo esto no es más que la aspiración que hemos tenido siempre respecto a la cultura; quien tenga capacidad, que ocupe los cargos de dirección y responsabilidad, lo que es preciso en bien de todo el pueblo.

Propaganda en el exterior y actuación en el interior. Nuestros Grupos, a las órdenes de la Agrupación Socialista Madrileña; y nuestros Grupos, dirigiendo la conducta de nuestros afiliados a través de la selección que se haga de los aspirantes, por aquellos que han sido propuestos por los propios Grupos para propagandistas, con el fin de que nuestra influencia en los Sindicatos, no sólo se mantenga, sino que aumente y se haga más profunda. Para eso no modificaremos nuestros puntos de vista: nuestra seriedad, nuestra honradez y nuestra lealtad. El decirlo no tiene nada que ver con esos letreros y esas definiciones. No pretendemos llamarnos los mejores, pero sí tenemos el deseo de ser cada vez mejores socialistas, mejores afiliados al Sindicato. Porque es menester que pensemos todos, camaradas, que van a venir días más difíciles que los actuales; que el Partido Socialista Obrero Español ha sido antes de la guerra y durante ésta el eje de la política española, y en los treinta últimos años, ningún acontecimiento político, en la esfera nacional, ha sido influido por ningún Partido con la profundidad y la extensión que lo ha hecho el Partido Socialista—cuando era un Partido más modesto que ahora—, y la U. G. T., que era su gran sindical aliada. Cuando en un momento difícil de la vida política española, el Partido Socialista y la U. G. T. lanzaban un manifiesto a la calle—os acordaréis bien—, lanzaba un manifiesto con aquella serenidad y con aquella mesura con que se pensaban los conceptos y se redactaban los párrafos, aquel manifiesto decía todo lo que pensaba la clase trabajadora espa-

ñola, y era el documento sobre el cual tenían que inspirarse los políticos para adoptar sus resoluciones. Con la guerra, y cuando ha habido que echarse a la calle para hacer la revolución, ¿qué Partido puede presentar en España mejor y más rica lista de actividades? ¿Qué Partido es el del año 1917? ¿Qué Partido es el de octubre del año 1934? Todas esas consignas, todos esos grandes letreros, toda esa prensa catequizada ahora para encauzarla en una dirección determinada, ¿dónde estaban? Pues el Partido que ha sido siempre el eje de la política y el eje del movimiento revolucionario, ha sido el Partido de la guerra. Porque cuando el Gobierno republicano creyó que había llegado el momento de entregar sus poderes al Jefe del Estado, se llamó a gobernar al Partido Socialista y se entregó la Presidencia a Largo Caballero, y éste tenía la cartera de Guerra, y Prieto la de Marina y Aire, y Negrín la de Hacienda, y Galarza Gobernación; es decir, toda la vanguardia y toda la retaguardia, los pilares fundamentales del Gobierno de la guerra, estaban en manos de los socialistas. Se produjo una crisis, y yo me libraré muy mucho de penetrar ahora—porque no es el momento—en los entresijos de la crisis, pero lo que tengo que decir es que la crisis se resolvió y se siguió entregando el Poder a otros hombres del Partido Socialista, y éstos siguen teniendo en sus manos las carteras de mayor responsabilidad.

Digo todo esto a cuento de lo siguiente: que cuando se acabe la guerra y sintamos en nuestros pechos la alegría de la victoria, tendremos que sentir la mayor responsabilidad de nuestra vida política, que será la de tener que hacernos cargo de la reconstrucción del país y de la organización de una nueva España. Porque, ¿qué Partido podrá tener en aquel momento que va a ser, no de destrucción, sino de construcción; qué Partido va a ser el que, por su historia, por la conducta de sus hombres, por la capacidad de sus dirigentes, por la disciplina de sus masas; qué Partido, repito, va a ser el que pueda ofrecer al pueblo español—que ha hecho una Revolución—, el que va a ofrecer con más garantía la seguridad de un acierto en la reconstrucción del país, si no es un Partido que no ha hecho toda su vida sino una labor constructiva? El Partido tiene unas líneas de conducta que se cifran en estas palabras: educación de las masas obreras en un sentido de responsabilidad. Pues bien: el día que se acabe la guerra, la victoria la tendrá que administrar con otros Partidos. Pero, ¿quién será el que tenga que dirigir la política de reconstrucción del país? Yo tengo la convicción de que será, entonces, el Partido Socialista. Por eso, es obligación nuestra la de sentirnos todos uno; vamos a pensar un poco más en nuestra unidad interna. Todo llegará; yo creo que llegará la unidad con los Partidos hermanos. Pero lo que se hace indispensable para que nuestra autoridad no se merme, para que nuestro poder no se disminuya y necesario para que nosotros podamos seguir siendo el Partido de siempre, es que la unidad interna de nuestro Partido no fallezca. Yo no voy a decir, porque no es de mi competencia, cómo tiene que hacerse esto; pero no me callaré el decir que eso no puede hacerse a latigazos. La unidad interna del Partido, si no es lo suficientemente cohesiva, no se puede aumentar a golpes de báculo; hay que cimentarla en la comprensión, lealtad y consideración por igual a todos los afiliados; no puede haber afiliados buenos y afiliados malos. Lo que hace falta

es el contacto de codos y la unificación de los espíritus lo más penetrante posible. Con esa unidad íntima nuestra, ¡ah!, nosotros vamos donde queremos, incluso a la unión con los comunistas. Cuando nosotros estuviéramos todos identificados, con las naturales discrepancias de tipo práctico o teórico—si pudiera haberlas, que debe haberlas en todo partido—, podría irse a la unidad de acción, pero a la unidad de acción sin reservas; la unidad de acción sin segundas partes; eso es lo que nos va a dar nuestra autoridad. Y esa unión de afectos y de cariños es la que va a levantar esa autoridad y esa consideración de tipo político y social. Nada más, sino felicitarse de la feliz inauguración de una Escuela de Propagandistas a la que la Agrupación Socialista desea un éxito rotundo. Pensad vosotros, los que vais a ser portadores de la voz del Partido en la calle, y en los Sindicatos, que para ser eso, para ir y decir la verdad del Partido no hace falta ser orador. Porque si con eso se quiere decir que uno no habla tan bien como Castelar o como Azaña, está bien; pero no hace falta ser esto para decir la verdad, que para esto lo que hace falta es sentirla y deseirla con las palabras más sencillas. El pueblo es sencillo en su expresión y así hay que hablarle. No tengáis miedo a poneros en las tablas; el miedo pueden tenerlo las bailarinas y bailarines—que también los hay—, los que salen a los escenarios en plan de *vedettes*. No; para levantarse en el escenario, como en la Asamblea de un Sindicato a decir su verdad, que es la de su Partido, no hace falta tener ninguna preocupación, sino no perder la calma habitual y decir, como si se hablara con unos amigos, la verdad de lo que tenga que decir. El Partido no desea más. No queremos hacerlos Castelares. No queremos que cada propagandista sea un Castelar. Lo que queremos es un hombre que vaya a decir la verdad del Partido, la verdad que tenga que decir el Partido, de la manera que mejor puedan entenderle los oyentes.

Esta Escuela va a tener, en fin, una virtud: la de que también nosotros podamos dar consignas, no porque haya un Comité que las fabrique en serie, sino porque como vamos a estar juntos, sabremos lo que piense el Partido, que será lo que pensemos nosotros en cada momento y en cada problema. Por eso, nuestras "consignas" serán la resultante de nuestras conversaciones, lo que salga de nuestra transacción de ideas, de las conferencias, de lo que se escriba. El hecho de que se reúnan un centenar de compañeros a pensar acerca de los problemas prácticos y teóricos, eso ya es la consigna, sin necesidad de que imponga ningún Comité ni fracción nuestro criterio. Quiero decir que la consigna será lo que convengamos entre todos, que será lo que el Partido necesite en cada momento.

Yo no tenía nada más que decir.

TERCERA INTERVENCION DE JUAN GOMEZ EGIDO

Yo he de empezar por felicitaros y felicitarme de esta feliz iniciación de un futuro que, como han dicho muy bien los compañeros García de la Serrana y Valls, curtidos ya en estas cuestiones, por cuyo motivo se han podido permitir darnos una lección magnífica, que de estos actos que inauguramos hoy puede, sencillamente, ser para el futuro de donde podamos sacar compañeros que cumplan las misiones a que aquí se ha hecho mención.

Ha dicho el compañero Angel Peinado cómo nació y los fundamentos que ha tenido el Comité de la Federación de Grupos para iniciar este organismo, que no tiene ni más ni menos pretensión—y aquí veo compañeros ya muy viejos en la organización que aun vienen a estos organismos iniciales a aprender unos y a aportar su experiencia otros—, no es, ni más ni menos, que lo que algún tiempo, hace muchos años, fué la Escuela Nueva. Recordaréis algunos que funcionaba en el 14 de la calle de Los Madrazo y que tuvimos la desgracia de que desapareciera, porque fué donde se incubó la escisión del Partido en el año 1921. En aquella Escuela Nueva se discutía, como pretendemos nosotros que se discuta aquí, en vuestro seno, temas teóricos y temas prácticos del Partido y de la organización sindical; allí iban a parar todas las inquietudes de la juventud de entonces; allí se discutían los temas y allí se concretaban luego en unos folletos o en unos artículos, que se hacían públicos en los periódicos de entonces. Esto es lo que pretendemos que sea este organismo que inauguramos hoy: una Escuela donde se discutan los temas teóricos y prácticos del Partido, para desarrollarlos donde haya necesidad de hacerlo. Es una obligación inherente al afiliarse al Partido, la de ser propagandista constantemente y por todos los procedimientos: por la palabra, por la precisión de los actos y de los dichos, por la precisión de la conducta, sobre todo por la precisión del ejemplo. Pero, además, para esto que pretendemos nosotros, es necesario conseguir propagandistas que sean capaces de hablar a las multitudes la verdad del Partido en la forma y con los medios de expresión que tengamos a nuestro alcance.

El compañero Blanco Pérez nos ha hablado de una experiencia de tipo colectivo que se está poniendo en práctica en su profesión de peluqueros y barberos. A nosotros nos alegrará que esa experiencia—que ese ensayo—no pierdan de vista los peluqueros que es un ensayo y que como tal lleven a la práctica en él todo lo que pueda servir de experiencia para una estructuración posterior, que no será esa quizá, que será más profunda o será variada, pero que no olviden esos ensayos y las experiencias que se saquen de ellos. Se han improvisado demasiados ensayos a través de la guerra, casi todos ellos desgraciados, porque los ensayos generosos que iban en contra de los egoísmos particulares han fracasado, no por su bondad, no por ser ensayos que no tuvieran la cualidad de poder existir, sino porque iban en contra de los egoísmos, que son los que nos dividen a los hombres en castas y en clases.

Ha hablado también el compañero Oliva de principios socialistas. Lo ha hecho de una forma modesta, como él mismo ha manifestado; pero ha empezado a iniciar y a exponer aquí qué es lo que queremos que hagáis todos vosotros; cuál es su concepto de los principios socialistas; cómo deben ser llevados a la práctica los principios socialistas, después de aprendidos en los libros, que no pueden ser casi nunca tal como se han concebido en los mismos y en la teoría, sobre todo si tomamos por base el Manifiesto Comunista a través de toda la transformación de la conciencia humana, desde el año 1848 que se presentó. Pero hay en el Manifiesto Comunista las esencias de un futuro que no se pasarán, aunque transcurran uno o dos siglos. Lo que habrá de modificar el Manifiesto Comunista, y esto es lo que han de tener en cuenta los compañeros

Ayuntamiento de Madrid

que hablen de marxismo, es la doctrina en sí y lo que hayan podido variar las circunstancias en que se produjo en aquella época en relación con las actuales. Esto no se puede aprender más que estudiando. Por eso, el ofrecimiento que hacemos a la juventud, y, además, la obligación que queremos imponerla—no queremos nosotros que la juventud, que tiene una cantidad formidable de medios de cultivarse, de aprender teoría, que la práctica afortunadamente no se vende, deje de hacerlo—de adquirir una teoría para así conseguir una cultura socialista, aprovechando la experiencia de los viejos y la propia que ellos vayan viviendo, para poder enseñar a aquellas masas a que tengan que hablar.

Es muy difícil para los que empezamos a hablar (y digo empezamos porque yo también empiezo), es una preocupación en los que empiezan a hablar al público el ajustarse a un tema concreto, que es principalmente lo que nosotros tratamos de vencer aquí; hacemos comprender y estudiar la posibilidad de estudiaros un tema y poder hablar concretamente de él en una conferencia o en un mitin, y éste será el medio para que seáis útiles. Yo no quiero hablar de oradores, porque he oído que éstos se hacen a fuerza de hablar. Únicamente aprender y estar nosotros convencidos de conocer el tema y expresarle como sepamos. Con esto habremos hecho una gran labor y nos habremos convertido en hombres útiles al Partido. Y como habréis podido observar, el compañero García de la Serrana, ilustre profesor nuestro y hombre avezado en estos casos por su condición de médico y de profesor, podemos ponerle como ejemplo de cómo se ha sujetado estrictamente al tema que se le ha confiado y nos ha dicho unas bellas cosas con un léxico sencillo, claro y amable. Pues esto que nos ha dicho el compañero García de la Serrana es lo que queremos que aprendáis todos a decir: a sujetaros a un tema, porque el orador que, como decían los compañeros García de la Serrana y Valls, sale a un escenario y arma un lío entre un párrafo y un pensamiento, acabará por hacer, si tiene facilidades, unos párrafos muy bonitos, pero que, en definitiva, no ha dicho nada. Y esto es lo que queremos corregir. En el fondo, el compañero De la Serrana ha apuntado cosas que, como él ha dicho, son sugerencias muy interesantes. Yo no voy a glosarlas, en primer lugar, porque no tengo condiciones para ello, y, después, porque es innecesario. Pero sí quiero recoger una palabra que ha dicho: "Socorro". Que nos piden socorro, cuando hablan de la fusión. Quiero destacar el significado de esta petición de socorro, que ha dicho el compañero De la Serrana, porque hay algo de verdad en que se pide socorro al Partido al amparo de la fusión; y se pide socorro en una forma grave, en una forma acuciosa, como si no se pudiera esperar, y no es al Partido Socialista ni es a la guerra a quien interesa este socorro, es a quien lo pide y a quien va rodeando esta petición de socorro con una presión de anhelos como la que se está manifestando, porque aunque son muy numerosos, aunque han conseguido hacer un Partido muy grande e importante, ya ha expresado el compañero De la Serrana cómo han logrado esto; hay una caída vertical, moral, de ese Partido que quiere salvarla al amparo de la moral nuestra, que no ha decaído, sino que ha aumentado por cada día que ha transcurrido durante el periodo de la guerra; y ese es el valor que quiero yo atri-

buir a la petición de socorro que están haciendo los comunistas al amparo de la fusión, porque no es un secreto para nadie los fracasos que vamos sufriendo por ambiciones personales, adelantándose unas veces y otras quedándose atrás para no obedecer lo justo. Hay cuestiones que se han visto reflejadas en decretos ministeriales de nuestro compañero Largo Caballero, y más concretamente en decretos del compañero Prieto, a quien ellos ensalzaron y que ya les va estorbando. Y ahora, cuando vienen con ese acuciamiento a pedir este auxilio y van extendiendo con espíritu absurdo esos Comités de Enlace, el Comité de la Agrupación Socialista, que cesó ayer y que ha tenido una ratificación en el Comité efectivo, acordó el viernes de la semana pasada suspender todos los Comités de Enlace entre los Grupos, Círculos y Fracciones y concretarlos en uno solo para que no haya más que una dirección.

Por esto me interesaba destacar las palabras de petición de socorro que el compañero García de la Serrana ha dejado caer, y que yo suponía no habían llegado a vosotros con toda la transcendencia necesaria.

Y nada más. Creo que he resumido la labor de estos compañeros, y, además, os he hecho unas manifestaciones que quisiera no olvidarais nadie en la propaganda que se os confía. Nosotros, Partido modesto, Partido pobre, pero Partido muy rico en virtudes, en energías y en esencias revolucionarias, tenemos que perder todo eso, si no sabemos hacer la unión entre nosotros y mantenerla por encima de todas las discrepancias que pueda haber, a las cuales, nosotros, en primer lugar, el Comité de la Agrupación Socialista de Madrid, hemos sacrificado nuestras propias convicciones, porque además no se han recatado de decirlo, son muy jóvenes algunos de ellos y cuando discutimos en planos de confianza en que no tienen que reproducir los discursos —que deben de aprenderse en discos que

unos se fabrican aquí y otros vienen fabricados de fuera—, cuando se les saca de la reproducción de estos discos y se habla en confianza, se llegan a decir cosas como ésta —a raíz de aquella turbamulta que se formó al constituirse la famosa Comisión Ejecutiva de la Casa del Pueblo el 7 de noviembre— en el seno de nuestro Comité: Que habían creído formalmente haber absorbido a la Agrupación Socialista, entonces, porque hubo muchos compañeros nuestros, algunos destacados y en la actualidad en cargos muy importantes, que les ayudaron incondicionalmente; no pudiendo hablar allí la Agrupación Socialista en las tres reuniones, a pesar de que la mayoría eran socialistas. Digo la mayoría socialistas, porque aquellos mismos directivos, dos meses después, nos daban una mayoría en una votación cuando lo del Círculo de Bellas Artes, y poco tiempo después, cuando las elecciones de Consejeros municipales, nos daban dos tercios por uno de votación; pues esos mismos directivos no nos dejaron hablar entonces, y con razón nos han dicho luego los comunistas que habían creído haber absorbido a la Agrupación Socialista. Y en otra

Donativos entregados en nuestra Secretaría para la SECCIÓN DE PROPAGANDA de la U. G. S. S.

(Lista núm. 2)

	Pesetas
Suma anterior.....	559,50
Juan Blanco Pérez.....	5,00
Mauricio García Cabello.....	10,00
Angel Casajús.....	5,00
Luis Marbán Santos.....	5,00
Justo González.....	5,00
Ricardo Naranjo.....	5,00
Manuel Huertas Moreno.....	10,00
Ricardo Franco.....	1,00
Loreto Bravo.....	5,00
Gabriela Ventura.....	2,00
Carlos Hernández Zancajo.....	50,00
Total en esta fecha.....	662,50

ocasión, se nos ha dicho: Que ellos tenían necesidad de ir a la fusión con nosotros, porque teníamos más hombres capacitados que ellos para los cargos. Y esto, que es una confesión explícita de ellos mismos, que lo dicen en un momento de ingenua franqueza, se deduce completamente de toda esa propaganda que ellos hacen, estilo americano, y nos ponen a nosotros en guardia para hacer valer esa propia personalidad que es la que buscan ellos a nuestro amparo para luego dar las altas sin medida, e imponernos el criterio que ellos quieran, en contra de los hombres que han de dirigir el Partido, y que son nuestros.

Y creemos que con esto os hemos dicho lo suficiente para que os convenzáis de que debe haber, sobre todas las aspiraciones, una para nosotros: hacer cada día más fuerte el Partido; poner al servicio de la guerra cuanto valgamos y tengamos, y conservar las relaciones con los demás Partidos en el mejor plano de amistad que se pueda, pero no dejarnos influir por esa campaña absurda que se está haciendo, de querer demostrar que la fusión de los dos Partidos ha de fortalecer al Gobierno. Si hay lealtad por parte de ellos, como por parte nuestra, el Gobierno tendrá lo que necesite. Para terminar la guerra, si por parte de ellos hay también esa misma lealtad (y quizá nos hable el compañero Largo Caballero en las conferencias que va a dar, y que quería hacer en el Parlamento, de por qué no se han cumplido ciertas cosas), se hubiera aminorado la duración de la guerra, se hubiera descongestionado Madrid de enemigos y hubiera sido el principio de la terminación de la guerra.

Y nada más. Por hoy creo que ya está bien la duración de la conferencia. Damos por terminado este acto, haciéndoos el requerimiento de que sigáis ejerciendo la propaganda y os capacitéis, cada día más, para ser útiles al Partido.

VISADO POR LA CENSURA

«ORIENTACIÓN SOCIALISTA»

Velázquez, 47 (hotel) - MADRID - Teléf. 51638

Grupo Sindical Socialista de Espectáculos Públicos (Sección de Cinematografía)

Al constituirse la Sección Cinematográfica del Grupo Sindical Socialista de Trabajadores de Espectáculos Públicos, queremos decir a todos por qué y para qué se forma este Grupo en el seno de nuestro Sindicato General Cinematográfico.

Habrán muchos compañeros que no comprendan la razón de constituirse un Grupo de socialistas y simpatizantes entre los trabajadores de la Cinematografía al lado del Grupo de Oposición Sindical Revolucionaria, integrado por comunistas y simpatizantes, sobre todo en estos momentos en que es aspiración común la unificación de todos los marxistas en el Partido único del proletariado.

Nuestra razón de ser es precisamente ésta: la unidad. Pero de ella tenemos una concepción orgánica. No queremos la absorción de las varias ideologías por una más fuerte o más audaz, sino armonizarlas todas democráticamente en el seno de nuestro Sindicato. Disculpamos la pasión que algunos compañeros puedan poner en la defensa de la suya, y sólo aspiramos a conseguir el respeto para la nuestra y la de los compañeros que militan en los partidos republicanos. Nosotros no plasmaremos la nuestra en frases, pues nos bastan las que Pablo Iglesias dejó impresas durante su vida de lucha. Sólo nuestros actos en los lugares de trabajo y en el Sindicato irán expresando nuestras ideas.

Pablo Iglesias decía en 1887:

¿Qué importa que las masas socialistas fueran numerosas si en ellas

no hubiese el mismo modo de pensar, tanto en la transformación que exige la sociedad actual como en la manera de realizarla? De nada, porque aunque contaran por millones sus partidarios, y aunque su valor y decisión rayaran en lo extraordinario, la ausencia de una aspiración común y la falta de unidad en el ataque anularían aquellas buenas condiciones, no siendo un peligro, por consecuencia, para las instituciones burguesas.

Buscamos la unidad de nuestras aspiraciones recogiendo las de todos y procurando con nuestros actos alcanzar vuestra confianza para resolver los problemas que nuestros intereses de clase planteen en el Sindicato General Cinematográfico, al que todos nos debemos.

Con estos deseos nos organizamos y hacemos un llamamiento a todos los socialistas y simpatizantes para unirse a nosotros en la doble tarea de alcanzar el mayor rendimiento y perfección de nuestra labor en el lugar de trabajo y una unidad armónica en el Sindicato, condiciones indispensables para la victoria definitiva sobre el criminal fascismo.

¡Toda nuestra actividad al servicio del Sindicato General Cinematográfico!

¡Viva la Unión General de Trabajadores!

EL COMITE

Madrid, 20 de julio de 1937.

Ayuntamiento de Madrid